10776

PEDRO MUÑOZ SECA

¡TODO PARA TI!

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

PRIMERA EDICIÓN
2.000 EJEMPLARES

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
1931

¡TODO PARA TI!

¡TODO PARA TI!

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel,
de Madrid, el día 10 de abril de 1931.

Copyright by, Pedro Muñoz Seca.

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
PASEO DE SAN VICENTE, 20
1931

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

A mis hijas.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amalia	Eloísa Muro.
Sara	Angelina Vilar.
Helisibarda	María Bru.
Magdalena	Concha Ruiz.
Belia	Isabel Garcés.
Paulina	Julia Tejera.
Eulogia	Adela Santaularia.
Filomena	María Lola Argenti.
Berta	Carmen Pradillo.
César	Manuel Collado.
Gemelo	José Isbert.
Julio	Luis Manrique.
Samperio	Pedro F. Cuenca.
Blas	José Soria.
Don Jorge	Pedro González.
Diego	Pedro Valdivieso.
Joselito	Jesús Valero.
Narciso	Luis D. Luna.

NOTA.—Las canciones de cuna fueron cantadas por la actriz Magda del Castillo.

ACTO PRIMERO

Hall del ático que vive en Madrid la familia de don Julio Caracena. A la derecha, primer término, la puerta que comunica con la escalera. En el foro una puerta amplia que da a una terraza entoldada, donde César Caracena tiene instalado su estudio de pintor. En el lateral izquierda otras dos puertas. Muebles sencillos, cómodos y muy usados. Es de día: el primero de julio a las tres de la tarde. Epoca actual.

(No hay nadie en escena al levantarse el telón. Se oyen risas y conversación muy animada dentro, que dan la sensación de una alegre sobremesa.)

BLAS.—*(Dentro.)* Deja, hombre, yo lo traeré. *(Entra en escena por la primera puerta de la izquierda y se dirige a la terraza. Es un muchacho bien parecido.)*

CÉSAR.—*(Tras él, por la puerta indicada.)* Espera; no lo vas a encontrar. *(Es también un muchacho de buena presencia y con cierto aspecto de artista.)*

BLAS.—*(Bajando la voz y muy confidencialmente.)* ¡Qué espanto, César!

CÉSAR.—*(Idem id. id.)* ¿Has visto?

BLAS.—¿Pero qué comida nos han dado?

CÉSAR.—¡Calla, por Dios! Los dos besugos, pasadísimos; la carne, incomible, y las espinacas, con una de tierra que cuando mascábamos sonaba a desfile. ¡No hay derecho! ¡No se puede convidar a personas de tanto cumplido para dejarlas sin comer!

BLAS.—Don Narciso y su hija no han probado bocado.

CÉSAR.—Ni nadie. ¿Pero en qué estaba pensando mamá?

PAULINA.—*(Por la izquierda, primer término. Es una muchacha muy mona.)* ¿Es que no lo encuentran ustedes?... *(Bajando la voz y haciendo aspavientos.)* ¡Qué comida!... ¡Estoy volada!... ¡Y ahora la compota, agria!

672084

BLAS.—¡Jesús!

CÉSAR.—Ya decía yo que tenía un vinagrillo...

PAULINA.—¡Qué vergüenza!

CÉSAR.—Bueno: ¿pero qué ha pasado?

PAULINA.—Ahora averiguaremos. Pero, anda, llévale el cuadro ese a don Narciso, no vaya a creer que estamos aquí..., comiendo algo.

CÉSAR.—*(Entrando en el estudio.)* Espera. *(Toma un pequeño lienzo.)*

PAULINA.—¡Qué apuro, Dios mío!

BLAS.—*(A* CÉSAR, *que sale del estudio.)* ¿Qué cuadro es?

CÉSAR.—La degollación de San Hermenegildo.

BLAS.—Pues con lo bien que está, les vas a dar el postre.

CÉSAR.—¡Vaya una tardecita!... *(Se va por la primera puerta de la izquierda y se le oye decir:)* Conste que esto no es más que un boceto...

BLAS.—Pero, escucha: ¿es que mamá no estaba prevenida?...

PAULINA.—Mira, a mí no me preguntes, porque no sé.

EULOGIA.—*(Doncella, en traje de mecánica, pero con delantal blanco. Entra en escena por la izquierda, primera puerta, y trae un jarro de cristal, vacío.)* Sí, señora: aquí en la terraza del estudio hay dos botijos más. *(Se dirige a la terraza.)*

PAULINA.—*(Atajándola.)* Pero, Eulogia: ¿qué ha sido esto?...

EULOGIA.—*(Bajando la voz.)* ¡Un horror, señorita! Que como anoche no comieron ustedes en casa, porque tuvieron aquel convite repentino, y sobró la comida, la señora le dijo a la cocinera que aprovechara para hoy lo que pudiera de lo de ayer; y como en este tiempo las cosas no aguantan nada y Bella no tiene paladar ni olfato ni vista, porque si tuviera todo eso, en vez de ganar aquí cuatro duros ganaría catorce en cualquier parte, pues ha presentado esa comida que, menos el consomé "fruaj", todo lo demás, ¡puaj! *(Asqueada.)* Bueno, también ha sido mala pata lo de los guisantes; porque yo, al ver que las espinacas tenían tierra, abrí las dos latas de guisantes que había en la cocina y las dos estaban agrias.

MAGDALENA.—*(Dentro: llamando.)* Eulogia...

EULOGIA.—¡Ay! ¡El agua! *(Alzando la voz.)* Va, señora. *(Toma de la terraza un botijo y llena el jarro.)*

PAULINA.—Oiga: ¿hay fruta?

EULOGIA.—No, señorita. Al frutero, como no se le vaya con el dinero por delante... Y según me dijo la señora, hoy no... *(Mutis por la izquierda, primer término.)*

BLAS.—¿Eh? ¿Pero no es primero de julio?...

PAULINA.—Sí, pero es domingo y papá no ha podido cobrar...

BLAS.—¡Toma! ¡Ahora me explico!...

PAULINA.—También ha sido desgracia que el santo de papá haya caído este año en domingo. Porque todos los años, el primero de julio, convida papá a comer a su jefe y él no acepta jamás, porque como sale tan tarde del Ministerio... Este año, por caer en domingo ha aceptado y nos ha cogido... como nos ha cogido.

BLAS.—¡Qué ganas tengo de poder sacar mi título y de poner mi farmacia para que salgamos de una vez de apuros y de miserias!

PAULINA.—¡Ojalá sea pronto!

BLAS.—*(Escuchando hacia la izquierda.)* Parece que se levanta de la mesa...

PAULINA.—Claro: ¿qué van a hacer los pobres?...

BLAS.—*(Como antes.)* Sí; hablan de irse... Se van... *(Disimula.)*

PAULINA.—¡El pobre papá ha debido pasar un rato!... Le han dado el día.

BLAS.—Calla, que salen. *(Entran en escena por la primera puerta de la izquierda y por este orden:* FILOMENA, *muchacha elegante, en plan de visita;* MAGDALENA, *la señora de la casa, de sesenta años;* DON NARCISO, *un caballero bastante hinchado, afectado y campanudo;* JULIO, *el señor de la casa, de más de sesenta, de aspecto bondadoso y simpático, y* CÉSAR.)

MAGDALENA.—Estoy fatigadísima. Apenas si han comido ustedes...

FILOMENA.—¡Por Dios, señora, nada de eso! Hemos comido muy bien. Casualmente papá y yo, a estas horas hacemos una comida muy ligera porque estamos a régimen, como todo el mundo. Este siglo es el siglo del régimen.

TODOS.—Es verdad, sí; es verdad.

NARCISO.—*(Que al hablar se escucha muchísimo.)* También es casualidad que San Julio sea el primero de julio. Es un santo que pudiéramos llamar capicúa. Julio, primero, Julio. Eso es.

TODOS.—*(Complacidos, sonrientes, coberos.)* Sí, sí; eso es.

NARCISO.—Sabido es que lo capicúa es algo que puede leerse indistintamente de cabeza a cola o de cola a cabeza. Eso es; es eso. ¡Hombre, esto es otro capicúa! "Eso es, es eso", que léase como se lea, es eso, eso es.

TODOS.—*(Como antes.)* Sí, sí; eso es, es eso.

NARCISO.—En fin, amigo Caracena; que cumpla usted muchos años y siempre con igual salud.

JULIO.—Muchísimas gracias, don Narciso.

NARCISO.—A usted, César, mi felicitación porque adelan usted en su arte a pasos agigantados, como vulgarmente se dic

CÉSAR.—Mil gracias, don Narciso. Vuelvo a repetirle que pintaré muy pronto ese bodegón que desea. Una cosa sencill la consabida mesa con frutas, pasteles, algún guiso humeante una gallina asada...

NARCISO.—*(Cortando un profundo bostezo.)* Agradecidísim A usted, Blas, mi enhorabuena por haber terminado tan brillar temente la carrera de Farmacia.

BLAS.—Un millón de gracias, señor Baeza.

NARCISO.—Y a todos, mis buenas tardes.

TODOS.—Adiós. Buenas tardes.

MAGDALENA.—Adiós, monísima.

JULIO.—Hasta mañana, querido jefe. *(Mutis de* FILOMENA Y NARCISO *por la puerta de la derecha.)* Adiós.

FILOMENA.—*(Dentro.)* Cierre.

JULIO.—No faltaría más... Adiós.

MAGDALENA.—Adiós.

JULIO.—*(Cerrando la puerta y cruzándose de brazos.)* ¿Quie res explicarme, Magdalena, lo que ha sucedido? Porque yo n he pasado peor rato en mi vida. ¿Qué comida ha sido ésta, cria tura?

MAGDALENA.—Mira, no me digas nada. Vamos a ver ahor mismo quién ha tenido la culpa de todo. *(A* PAULINA.) Toca uno (PAULINA *hace sonar un timbre.)*

JULIO.—¡Estrellarnos de este modo con la única persona a quien yo deseo tener contenta! ¡Qué horror! ¡Y que se van en ayunas! Porque, como han visto ustedes, no han probado bocado ninguno de los dos. ¡Y para esto vengo yo invitándoles a comer desde hace seis años! ¡No; este ridículo, no, Magdalena!

ELOGIA.—*(Por la segunda puerta de la izquierda.)* ¿Señora?

MAGDALENA.—Dígale a la cocinera que haga el favor de venir.

EULOGIA.—Sí, señora. *(Vase.)*

PAULINA.—Te advierto, mamá, que ella dice que tú le encargaste que aprovechara lo que sobró anoche.

MAGDALENA.—Claro que se lo encargué; pero contando con que todo estaría en buenas condiciones. ¿Cómo iba yo a decirle otra cosa? ¡Con lo fácilmente que podían haberse subsanado estos defectos! Porque, aunque en casa no hay en este momento ni un real, porque tu padre no ha podido cobrar esta mañana, tenemos aún el crédito suficiente para mandar por unos huevos, unos fiambres y unas latas de verduras.

BELLA.—*(En traje de mecánica, por la segunda puerta de la izquierda. Es feísima.)* ¿Se puede?

MAGDALENA.—Pase usted, Bella.

BELLA.—Con su permiso.

MAGDALENA.—¿Me quiere usted decir por qué nos ha dejado esta tarde sin comer, sabiendo, como sabía, que teníamos invitados de cumplido?

BELLA.—Ah, ¿pero es que la señora me va a echar a mí la culpa? ¡Pa chasco!

MAGDALENA.—¿Eh?

BELLA.—Yo le dije esta mañana a la señora y la señora me dirá si es no es o es si es...

BLAS.—(Capicúa).

BELLA.—Que a mis cortas luces me parecía que el pescao no estaba muy católico, y la señora me contestó que cargara la mano en el limón pa que no se notara, lo cual que la cargué.

PAULINA.—Demasiado.

BELLA.—Le dije también a la señora que la carne no estaba muy comible, lo cual que me dijo la señora que volviéndola a empanar se arreglaría, lo que hice mismamente. Y le dije, por último, a la señora que la compota, de tenerla tapá, s'había agriao unas miajas, y la señora me dijo que la escurriera y le hiciera otro caldo, lo cual que también lo hice. ¿Es no es, o es si es?

MAGDALENA.—Bueno, ¿y por qué tenía tierra la verdura?

BELLA.—Porque le cayó de la chimenea. Recuerde la señora que le dije el martes pasao que era menester avisar, porque en la chimenea había un desconchao muy grande y en cuanti soplara el viento nos íbamos a comer la tierra; lo cual, que la señora se chufleó y me contestó que eso no tenía importancia; que lo malo era que la tierra nos iba a comer a nosotros.

MAGDALENA.—Claro.

BELLA.—Pues ya usted lo ha visto. Esta mañana ha soplao el viento de firme, cayó tierra y se quedaron las espinacas que parecía que las habían vuelto a sembrar. ¿Tengo yo la culpa de eso?

JULIO.—Total, que con unas cosas y con otras...

BELLA.—Ahí verá el señor. Si la señora me hubiera dao las quince pesetas que le pedí, hubiera podido arreglar algo; pero sin dinero, a última hora, y con las tiendas cerradas, ¿qué iba a hacer una?

JULIO.—Bien, bien, retírese.

BELLA.—Demasiao hace una, que sin...

JULIO.—Sí, sí...

BELLA.—Una usted eso a que una, a la una...

JULIO.—Basta, Bella, basta. ¡Está bien!

BELLA.—*(Yéndose por donde vino.)* ¿Qué va a hacer una?. *(Mutis.)*

JULIO.—*(Tras una breve pausa.)* No sé para qué has llamad a la cocinera.

MAGDALENA.—*(Casi en un suspiro.)* Tienes razón.

JULIO.—¿Pero es de veras que no hay en casa...?

MAGDALENA.—¡Ni un céntimo!

BLAS.—¡Pobre mamá!

MAGDALENA.—El mes de junio es siempre un mes fatal. Tod el mundo pasa su cuenta al terminar el semestre y este añ hemos gastado muchísimo. El arreglo de tu boca, lo del oíd de éste, las inyecciones de Paulina y qué sé yo, un sin fin d cuentas pequeñas que salen a última hora y que suman un pico Y luego, como todo está más caro cada vez y cada vez tenemo más necesidades, que no sé adónde vamos a parar...

JULIO.—Eso digo yo.

MAGDALENA.—Las seiscientas veinte pesetas de tu sueldo lle gan justo, justo, hasta el día 16; y si no fuera por lo que Césa nos ayuda, estaríamos llenos de deudas, viviendo en un sótan y comiendo pan y agua, como los gorriones. Afortunadamente de algún tiempo a esta parte vendes cuanto pintas, y aunque n es mucho lo que te dan, hemos podido salir a flote y vivimos gracias a Dios, como las personas. Ahora, que hay que comprimirse un poquito y no hacer locuras. Bueno es vivir al día pero no tan al día, que no haya para comer si se deja de cobrar un día. Hay que ahorrar algo. Si don Eligio deja un mes de comprarte lo que le mandas...

CÉSAR.—¿Por qué ha de ocurrir eso? No hay que ser pesimista, madre.

BLAS.—Eso digo yo. Aquí van a terminar los apuros muy pronto. Yo, hasta ahora, he sido una carga para ustedes; pero, gracias a Dios, he terminado mi carrera y en cuanto saque el título y pueda instalarme, ya verán ustedes.

JULIO.—No creas que eso de instalarse es fácil, hijo mío.

BLAS.—¿Por qué no? ¿No se han instalado otros?...

JULIO.—Sí, pero...

BLAS.—Paulina, si Luis gana las oposiciones, que las ganará, porque es muy listo, y está muy bien preparado, se casará en seguida, y en cuanto a César, el día que se case con Amalia, será varias veces millonario, porque Amalita no creo yo que se deje matar por seis o siete millones de pesetas. ¿Eh? (CÉSAR, *tristemente, baja la cabeza sin contestar. Pausa.)* ¿Por qué bajas la cabeza? ¿Así andamos?

MAGDALENA.—¿Qué te sucede, César?

CÉSAR.—*(Queriendo eludir la conversación.)* Nada, madre.

PAULINA.—*(Intrigadísima.)* ¿Has terminado con ella?

CÉSAR.—No, pero...

TODOS.—*(Muy preocupados.)* ¿Eh?

MAGDALENA.—¡No me asustes, por Dios, hijo mío! No es po-
ble que encuentres una mujer que te convenga más que Ama-
a. Y no creas que pienso en su fortuna, que, aunque el dinero
ontribuye tanto a la felicidad, es lo de menos en este caso.
s que mujer más buena que Amalia y que te quiera más...,
ué sé yo, César; ni yo misma!

CÉSAR.—¡Por Dios, madre!

MAGDALENA.—¡Ni yo misma! Porque ella, sin padres, sin her-
anos, sin parientes, lo ha puesto en ti todo, y creo que si de-
ras de quererla se moriría de pesar.

CÉSAR.—Bien, sí, pero...

MAGDALENA.—Y esos que dicen que no es bonita, no tienen
azón. No te digo que sea una belleza, pero ya quisieran mu-
has que las dan de buen tipo...

PAULINA.—¡Ya lo creo!

BLAS.—¡Es simpatiquísima!

JULIO.—¡Y una santa!

MAGDALENA.—A mí, al verla tan enamorada de ti, me parece
criatura más perfecta de la creación.

CÉSAR.—No, si ya sé que me quiere con locura. Por ese ca-
iño que tanto me halagaba me puse en relaciones con ella.
le llenaba de orgullo el verme preferido por una muchacha
n distinguida. Pero luego he visto que..., vamos, que no me
usiona lo suficiente; que no estoy enamorado de ella hasta el
xtremo de querer consagrarle mi vida. Físicamente, no me...
le agrada, pero no me seduce y..., francamente, yo no me ven-
o. No sé si habla ahora mi egoísmo, mi orgullo o mi virtud;
ero yo no me vendo.

MAGDALENA.—*(Aterrada.)* ¡Jesús, Jesús!...

CÉSAR.—Me duele, desde ahora, pensar en el disgusto que voy
darle, porque ella es digna de ser querida con todo el entusias-
o que a mí me falta; pero como el seguir entreteniéndola sería
na mala acción, y yo no soy capaz de perjudicar a nadie, a
abiendas, estoy decidido a terminar con ella cuanto antes.
Consternación en todos.)

JULIO.—Tú allá, hijo mío. Piénsalo, medítalo y... tú allá.
Pausa.)

MAGDALENA.—Para ti y para todos hubiera sido muy conve-
iente tu casamiento con Amalia. Hubieras podido prestar a tu
ermano lo necesario para establecerse y hubieras podido ase-

gurar la tranquilidad de nuestros últimos días, ya tan cercano: pero tu felicidad es para nosotros lo primero de todo, y si cree en efecto, que no has de ser feliz con Amalia, no debes dudar ni un instante, y después de pensarlo bien y de meditarlo, com acaba de aconsejarte tu padre, debes despejar la situación.

CÉSAR.—Lo tengo muy bien meditado.

MAGDALENA.—¡Pobre muchacha!

PAULINA.—¿Crees tú que ella habrá notado...?

CÉSAR.—Es casi seguro. Como no soy hipócrita, tal vez n haya sabido disimular mi frialdad. ¡Es lástima! Daría..., ¡qu sé yo!, por quererla como yo creo que se debe de querer, pero.. no, no la quiero. ¡No me... gusta! Fué un error mío; un grav error mío. ¡No me gusta!

PAULINA.—Y desde que le hiciste el retrato a la Murillo, a l tiple esa de la Latina, te gusta menos.

CÉSAR.—¡Qué tiene que ver!...

PAULINA.—Yo me entiendo. ¡Todo se sabe, hijito!

CÉSAR.—¡Bah!

PAULINA.—Es un nuevo favor que tendrás que agradecer tu amigo Pagóla, ese pintor que no pinta, literato que no es cribe y empleado que no va a la oficina jamás. Porque él fu quien te llevó...

CÉSAR.—¡Pobre Pagola! La tienes tomada con él... Por cier to que no viene hace varios días.

PAULINA.—Afortunadamente.

BLAS.—A ti te revienta; pero a mí es un hombre que m divierte muchísimo. Y además es una gran persona. *(Suena e timbre de la puerta.)*

MAGDALENA.—¿Eh?

JULIO.—¿Quién será?

MAGDALENA.—Acércate y mira, Paulinita.

PAULINA.—Sí, señora. *(Acercándose a la puerta de la dere cha.)* Como sea Pagola no le abro. *(Mira por la mirilla.)* Es e doctor Samperio. *(Abre.)*

JULIO.—¡Hombre!

PAULINA.—Hola, doctor.

SAMPERIO.—*(Entrando.)* ¡Hola!... *(Es simpático, elegantón y para mayor comodidad, de la edad que tenga el actor qu se encargue del papel. Esto es como decir que será siempr un hombre joven.)* Buenas tardes.

TODOS.—Buenas tardes.

SAMPERIO.—¿Qué tal todos?

JULIO.—Ya usted lo ve; muy bien, a Dios gracias.

PAULINA.—*(Ofreciéndole una silla.)* Siéntese usted.

SAMPERIO.—Gracias... ¡Ah! Vengo del principal, y Amalia esea que baje usted para darle no sé qué recado. Me encargó ucho que no se me olvidara.

PAULINA.—Pues voy corriendo. Hasta luego.

SAMPERIO.—Hasta después.

PAULINA.—*(Ya en la puerta de la derecha.)* ¡Ah, doctor!... Qué resultó de los rayos X? ¿Cómo tengo los pulmones, el co-azón y el hígado? ¿Se puede vivir?

SAMPERIO.—¡Ya lo creo! ¡Muchísimos años! Pero, cuidándo-. No hay que hacer tonterías. Es preciso sobrealimentarse, spirar aire muy puro y estar muy tranquila.

PAULINA.—*(Riendo.)* ¡Pues menudo plan! Me abono desde ora.

SAMPERIO.—¿Ah, sí? Pues no hay más que hablar: abonada.

PAULINA.—Hasta luego.

SAMPERIO.—Hasta siempre. *(Se va* PAULINA *por la derecha.)*

EULOGIA.—*(Por la segunda puerta de la izquierda, sin el de-ntal blanco y con la boca llena, que casi no puede hablar.)* Habían llamado?

MAGDALENA.—¡A buena hora!

EULOGIA.—Es que...

MAGDALENA.—Retírese; ya hemos abierto. *(Se va* EULOGIA.)

BLAS.—*(Intrigado.)* (¿Qué comerá?...)

JULIO.—Oiga usted, querido doctor: ¿es en serio lo que le ha icho a Paulinita?

SAMPERIO.—Desgraciadamente.

TODOS.—*(Preocupados.)* ¿Eh? ¿Qué?...

SAMPERIO.—¡No se asusten, por Dios!

MAGDALENA.—¿Pero?...

SAMPERIO.—Para hablar con ustedes de este asunto, sin que aulina estuviera presente, supliqué a Amalita que la llamase.

MAGDALENA.—¡Dios mío!

SAMPERIO.—Vuelvo a repetirles que no se asusten. Paulina, e momento, no tiene nada de particular. Una lesión, sin im-ortancia que, claro, si se abandonara llegaría a ser algo serio, ero que ahora se puede curar fácilmente.

BLAS.—¿Una pretuberculosis, quizás?...

SAMPERIO.—Y de las menos alarmantes, por fortuna; pero ay que hacer, desde ya mismo, lo indicado en estos casos para grar una rápida curación: reposo casi absoluto, una altura re-tiva y la sobrealimentación correspondiente.

MAGDALENA.—*(Resuelta.)* Muy bien: se hará lo que sea pre-iso.

JULIO.—*(Idem.)* Lo que sea preciso, sí, señor. ¡No faltari más! La salud es lo primero de todo.

BLAS.—Naturalmente.

JULIO.—¡No hay más que hablar! *(Un poco angustiado, m rando a* MAGDALENA.) Claro, que no sé cómo...

MAGDALENA.—*(Con igual resolución que antes.)* Como se Julio.

JULIO.—Sí, sí; ya estoy en ello. Como sea, pero...

MAGDALENA.—Se vende, se empeña, se pide, ¡¡se roba!!.. ¿Puede haber otra causa que más lo justifique?

JULIO.—Como grito que sale de tu corazón de madre no est mal eso del robo; pero que no te oigan. ¡Hay tantas madres qu podrían salvar a sus hijos si siguieran tu consejo!... Y tal vez n roben por temor a unas leyes que ni siquiera las amparan e su infortunio. En fin, más vale no hablar.

MAGDALENA.—Usted nos aconsejará lo que más convenga Paulina y esté al alcance de nuestros escasos medios, ¿verdad

SAMPERIO.—Desde luego; sí, señora. Verá usted: en todo los sanatorios cercanos a Madrid hay plazas gratuitas, pero co estas plazas no hay que contar; para cada una de ellas hay cien tos de aspirantes, y en el Ministerio llevan el turno con un gra rigor. Desgraciadamente para algunos, no llega nunca la vez esperando, esperando, empeoran, y lo que pudo curarse fácil mente...

MAGDALENA.—¡Qué horror!

SAMPERIO.—Están poco atendidas aún estas necesidades. De bía haber más preventorios de los que hay y más sanatorios a alcance de todas las fortunas. A esto debían aplicarse en prime término las contribuciones más saneadas.

JULIO.—Tiene usted razón.

MAGDALENA.—¡Ya lo creo!

JULIO.—Es monstruoso que, a estas alturas, no pueda salvar se una persona por falta de medios...

SAMPERIO.—Monstruoso, sí, señor; esa es la palabra. No tie nen ustedes idea de lo que yo revuelvo, cuando veo en una cas pobre a una criaturita, ya lesionada, que hasta duerme en un mismo cama con varios de sus hermanos, exponiéndolos a u contagio, que, por desgracia, llega casi siempre. ¡Lo que y hablo y escribo y busco y pido y recomiendo!... Pero, nada no es posible. Las autoridades me dicen que no pueden; qu carecen de medios; que hay que cumplir el trámite; ¡su majes tad el trámite!... ¡No se dan cuenta exacta de lo que hacen ¡No se dan cuenta! Yo pienso siempre en lo que haríamos todos si al arder una casa viéramos a unos pobres niños en un balcón

idiendo auxilio porque las llamas llegaban hasta ellos. ¿Podría-
os permanecer inactivos? ¿Podrían nuestras autoridades, cru-
ndose de brazos, limitarse a decir: "qué lástima, no tenemos
scalas, ni agua, ni siquiera hombres decididos, que acudan en
u ayuda"? Arrastraríamos a esas autoridades por poco previ-
ras y por homicidas. ¿Verdad? Pues esto de la tuberculosis
s mucho peor que todos los incendios; se lo aseguro a ustedes.
n fin, hablando, hablando, no puntualizamos, que es lo que
nteresa de momento. Ustedes están dispuestos a hacer lo que
a preciso; ¿no es cierto?

MAGDALENA.—Sí, sí.

SAMPERIO.—Pues muy bien. No sé si habrá vacante alguna
laza de pago en alguno de los sanatorios que convienen; pero
mejor sería que tomaran ustedes una casita en Torrelodones,
n Villalba o en el Escorial...

JULIO.—Sí; desde luego. ¿Verdad? ¿Qué opinas tú, Mag-
alena?

MAGDALENA.—A mí no me preguntes. Ya te he dicho cuál es
i opinión y a lo que estoy decidida.

JULIO.—Hasta mil quinientas pesetas podrán anticiparme el
es que viene en nuestra mutualidad; porque, a Dios gracias,
oy a liquidar este mes mi último débito.

MAGDALENA.—Ya tenemos para la casa.

BLAS.—Yo puedo contratarme en alguna farmacia o en algún
boratorio y obligarme a depender el tiempo que sea necesario
asta devolverles lo que quieran adelantarme.

MAGDALENA.—También es una solución. Retrasas tus deseos de
esenvolvimiento pero, ¿qué remedio? ¿Verdad, César? ¿Qué
pinas tú? ¿Puedes tú también pedir a don Eligio alguna can-
dad a cuenta de lo que pintes?...

CÉSAR.—*(Tristemente.)* Le tengo pedido mucho, madre. *(Sor-
resa en* JULIO, MAGDALENA *y* BLAS.) Nada había querido decir
ustedes, pero le debo más de veinte mil pesetas.

MAGDALENA.—¡Jesús!

CÉSAR.—¿Cómo, si no, hubiera podido librar a papá de lo
ue debía a Suárez Nestosa?...

MAGDALENA.—¿Y si le pidieras a Amalia...?

CÉSAR.—¡Madre!... Acabas de oírme y...

SAMPERIO.—Perdone usted que yo me meta donde no me
aman, amigo César; pero acudir a Amalia me parece lo más
atural y lo más indicado. Más aún: creo que Amalia se sentiría
fendida si no acudieran ustedes a ella. ¿Qué suponen para
malia dos o tres mil duros, tratándose de hacer un bien tan

grande a la que muy pronto va a ser su hermana y es ya mejor amiga? ¡Y como es ella de buena y de comprensiva!

MAGDALENA.—*(Suplicante.)* ¡Hijo!

SAMPERIO.—No hay que llevar la dignidad a un extremo tan exagerado, amigo César.

BLAS.—No te pedimos otro sacrificio que el de pedir a quien sabes que ha de darte lo que le pidas. Todos quedaríamos obligados a devolverle lo que te prestara; yo, en primer término.

SAMPERIO.—Si ha de ser su mujer de usted dentro de poco ¿a qué andar con esos escrúpulos?...

CÉSAR.—*(Resuelto.)* Tiene usted razón. ¿A quién puede extrañar que yo le pida?... No se hable más del asunto. No sé cómo le pediré esa cantidad, pero se la pediré. Estén ustedes tranquilos.

MAGDALENA.—¡Gracias, hijo mío!

BLAS.—*(Un poco conmovido.)* Yo lo hubiera hecho también hermano. Por cualquiera de ustedes, todo. ¡Todo!

MAGDALENA.—¿Y cree usted, doctor, que será cosa de mucho tiempo...?

SAMPERIO.—Ocho o diez meses a lo sumo. La lesión es muy superficial. Siento no haberles traído la radiografía. Claro, que hubieran ustedes visto en ella muy poco. Hay que tener cierta costumbre... *(A* CÉSAR.) Nada, amigo mío; trate usted con Amalia del particular. Ella tiene fincas en la Sierra, y quedó tan afectada cuando le conté lo que sucedía...

MAGDALENA.—¿Eh? ¿Pero le ha dicho usted...?

SAMPERIO.—Al ponerme de acuerdo con ella para que llamara a Paulina, no tuve más remedio... *(Suena tres veces el timbre de la puerta.)*

MAGDALENA.—¡Luis!

JULIO.—Sí.

MAGDALENA.—¡El pobre!...

SAMPERIO.—¿Quién?

MAGDALENA.—El novio de Paulina. *(Bajando la voz.)* Por Dios, no decirle nada. Está en plenas oposiciones y la noticia podría perjudicarle.

SAMPERIO.—Lo sabe ya.

TODOS.—¿Eh?

SAMPERIO.—Estuvo anoche en casa, a preguntarme, y sentí darle el mal rato. ¡Es un excelente muchacho!

EULOGIA.—*(Apareciendo por la segunda puerta de la izquierda, con la boca llena como antes.)* ¿Han llamado otra vez?

MAGDALENA.—*(Por* CÉSAR, *que está a punto de abrir la puerta de la derecha.)* Deje; ya va a abrir el señorito.

EULOGIA.—Muy bien. *(Vase.)*

BLAS.—*(Estupefacto.)* (¡Y sigue comiendo! ¡No me lo explico!)

CÉSAR.—*(Que ha abierto la puerta antes indicada.)* ¡Pero si es Pagola!

GEMELO.—*(Entrando.)* Buenas tardes.

TODOS.—Hola. Buenas tardes. (GEMELO PAGOLA *es un hombre como de cincuenta años, simpático, donde los haya simpáticos, y un poco raro de indumento. Nadie dudará al verle que es un artista; pero un artista un poquito estrafalario.)*

MAGDALENA.—Creímos que era usted el novio de Paulina. Ha llamado usted lo mismo que él.

GEMELO.—Es que hoy no sé ni cómo llamo, señora. Vengo fuera de mí.

CÉSAR.—¡Caramba! ¿Y eso?...

GEMELO.—Que me suceden cosas, querido César, que no le suceden a nadie. Lo de hoy se cuenta por radio y se retuercen las antenas. Ahora, ahora diré a ustedes. Deja que primero felicite a tu padre. *(Alargando a* JULIO *la mano.)* Muchos años, amigo don Julio, y con igual salud.

JULIO.—Gracias, Gemelo.

MAGDALENA.—Siéntese.

GEMELO.—*(Sentándose.)* Gracias. ¿Y Paulinita?

MAGDALENA.—Está abajo, en casa de Amalia. El doctor ha venido a hablarnos de ella y...

GEMELO.—Estoy enterado de lo que ocurre, señora. Luis me buscó anoche, después de haber hablado con Samperio, y me puso al corriente de lo que ocurría. ¡Bah! No se alarmen ustedes: eso no será nada. A este gremio no hay que hacerle demasiado caso.

SAMPERIO.—¡Hombre, muchas gracias!

GEMELO.—¡Se tiran cada plancha!... Y desde que se ayudan con los rayos X, más planchas. Miren ustedes: tres eminencias, ¡¡tres!!, me dijeron a mí hace veinticinco años que tenía tocados los pulmones. ¡Pero si aquellos tres eminentes han sido los verdaderos causantes de mi fracaso en la vida! Porque me dijeron que si no me cuidaba viviría a lo sumo cinco años. Yo, que acababa de heredar sesenta mil duros y que no estaba dispuesto a cuidarme, pensé: sesenta mil entre cinco, a doce; me divertiré cuanto pueda, me gastaré mil duritos todos los meses; con la última peseta, el último hálito, y adiós, Pagola, que te vaya bien. ¿A qué iba yo a pensar en estudios ni en tonterías? ¡Pero, sí, sí!... Para que te fíes de eminencias. A cada juergazo que corría se me arreglaba un poquito el pecho, y cuando tiré

los últimos duros tenía yo unos pulmones que soplaba y apagaba los incendios. *(Risas.)* Y claro, como me acostumbré a no trabajar y a despreciar la vida, pues aquí me tienen ustedes ahora que soy una birria social. Ahora, ¿eh? Soy una birria ahora, porque lo que yo he sido en el mundo en otro tiempo merece capítulo aparte.

CÉSAR.—¿Eh?

GEMELO.—Sí, hombre, he sido algo muy grande. Si esa es la novedad que traigo, y eso es lo que me tiene aún con los pelos de punta.

BLAS.—¡Caramba!

SAMPERIO.—A ver, hombre; cuente, diga.

GEMELO.—Pues nada, que aquí donde me ven ustedes, he sido..., ¡agarrarse! ¡He sido Solón!

JULIO.—¿Cómo?

MAGDALENA.—¿Qué?

GEMELO.—Que en una anterior encarnación he sido Solón. *(Risas.)*

BLAS.—*(Riendo.)* ¡Qué tío más grande!

GEMELO.—Sin risas ni pitorreos, amigo Blas, porque lo que digo es algo así como el evangelio de la misa.

SAMPERIO.—Hombre, explíquese usted, por Dios, que me interesa eso una barbaridad.

GEMELO.—Sí, señor; verá usted. Ya de antiguo tenía yo esto de Solón en la oreja, porque una vez en Burdeos... *(Mirando escamado a todas partes.)* ¿Se puede hablar?

MAGDALENA.—Si no va usted a decir unas atrocidades muy gordas...

GEMELO.—¡Por Dios, señora! Decía, que una vez, que camino de París me detuve en Burdeos, porque tonteaba yo entonces con la "Bell-Cornalín", una bailarina de la compañía "Front de Chevró"... *(A* CÉSAR.*)* Tú me has oído contar...

CÉSAR.—Sí, hombre; adelante.

GEMELO.—Pues esa noche, a la "Cornalín", que era un agente telepático percipiente de primera fuerza y un medium excelente, la durmió "Pier Grandillon", el bajo de la compañía; la ordenó que viera lo que habíamos sido en anteriores encarnaciones cada uno de los que estábamos allí, y a mí me dijo que había sido Solón. Me reí de la ocurrencia y no volví a acordarme del particular; hasta que unos años después, Monte y Sierra, el marinista, me dijo al volver de Londres que un tal Marco Joviano, amigo mío de la infancia, había averiguado en no sé qué sesión teosófica que yo había sido Solón. Aquel segundo golpe, la verdad, me causó mella; porque una en Burdeos

y otro en Londres, decir lo mismo era demasiada casualidad. Pero, chico, lo de esta mañana ha sido escalofriante.

CÉSAR.—A ver, cuenta, di.

GEMELO.—Nada, que don Castorio Ailadai, ése que tiene tienda de cuadros y de molduras; ese corpulento, abultado, regordido, amigo de Paco Currás, de Censurio Lamolda y de Agricio Tresabuelas, el paisajista...

CÉSAR.—Sí, ya sé quién es.

GEMELO.—Pues nos invitó a comer, y como le da por el magnetismo y el videntismo, se llevó para distraernos a un tal Primitivo Dragonte, que toca el oboe en no sé qué cabaret y que tiene unas facultades mediúmnicas asombrosas; y a los postres fué y le durmió para que viéramos cómo tocaba el piano sin saber, cómo componía un reloj sin entender de mecánica, y cómo nos recitaba de memoria los diálogos de Platón sin haberlos leído jamás.

MAGDALENA.—¡Por Dios! ¿Pero es posible?

GEMELO.—Algo admirable, señora. Lo del reloj no sé cómo resultaría, porque le sobraron dos o tres piezas, como al del cuento; pero nos tocó la danza de Anitra, de Grieg, y una gavota de Lencke, que fué algo maravilloso. Luego, como los diálogos de Platón nos aburrían a todos muchísimo, comenzó don Castorio a hacer con él una excursión por la historia antigua: Roma, Babilonia, Grecia... De pronto se levantó el hipnotizado, y sin abrir los ojos, pero estremeciéndose, dijo: "Aquí está un ateniense que ha tomado Salamina. ¡¡Ese!!" Y me señaló a mí enfáticamente.

BLAS.—¡Caracoles!

GEMELO.—Yo, que aprovechando la semioscuridad en que tenían sumida la habitación, acababa de tomar un papelillo de esos polvos que me mandó usted para después de las comidas, le dije un poco azorado: "Oiga, que no es Salamina, que es bicarbonato, magnesia simple y creta preparada." ¡Salamina, Salamina!—gritó como un energúmeno—. Porque tú, Gemelo Pagola, eres Solón, hijo de Euforión y primo de Pisístrato."

SAMPERIO.—¡Atiza!

GEMELO.—Y describió la toma de Salamina, mi vuelta a Atenas, mi nombramiento de arconte y mi llegada al Areópago con Esquenes, Mirón, Megacles y Filombroto, que sentíamos todos el frío de las grandes emociones. "¿Pero está usted seguro de que yo he sido Solón?", le pregunté. "¡Sí, lo estoy! ¡Lo juro! ¡Lo veo!... ¡Tú eres Solón! ¡¡Solón!!" Y llorando, se arrojó a mis pies y me besó las rodillas.

CÉSAR.—¡Bonito!

SAMPERIO.—¡Interesantísimo!

BLAS.—¡Ya lo creo!

MAGDALENA.—A mí me da un poco de repelo...

JULIO.—¿Y a los demás no les dijo también lo que habían sido?...

GEMELO.—Sí. ¡Había allí una gentuza! Uno había sido "Juan sin Dientes", el célebre verdugo; otro, un tirano de no sé dónde; y Paco Curras, ¡qué cosa tan extraordinaria!... *(A* CÉSAR.) ¿Quién crees tú que ha sido antes Paco Curras? ¡¡Doña Juana la Loca!!

CÉSAR.—¡Vamos, hombre!

GEMELO.—¡Lo mal que le sentó, chiquillo! Dicen que el cambio de sexo es muy frecuente. Por poco me pega, porque al marcharnos me invitó a pasar y yo le dije: "De ninguna manera; las señoras delante." Total, que envidiado por todos, salí del reservado de "Los Burgaleses", de un hinchamiento que no cabía en el pasillo. *(A* JULIO.*)* Por cierto que en la escalera me encontré a don Narciso, su jefe de usted, que subía a comer con su hija. *(Todos se miran.)*

JULIO.—¿Pero... ahora?...

GEMELO.—Sí, ahora; no hará veinte minutos. Subían diciendo: "Pediremos unos entremeses, un arroz, unos callos y un pollo a la galena", que no sé cómo será ese guiso.

BLAS.—¡Bien se han indemnizado!

GEMELO.—¿Cómo?

BLAS.—No, nada; son cosas nuestras...

CÉSAR.—De manera que vienes tan satisfecho, ¿eh?

GEMELO.—¡No me cambio por nadie! Yo, ahora, no seré más que jefe de negociado; pero con lo que he sido puedo achicar al más empingorotado. En cuanto salga voy a comprar algunos libros de historia para empaparme de Solón, es decir, de "mí mismo".

CÉSAR.—Deja; luego consultaré yo con doña Helisibarda, la señora de compañía de Amalita, que es una persona muy instruída, y ella te indicará lo que debes leer para autoestudiarte.

GEMELO.—Te lo agradeceré, querido César.

CÉSAR.—Casualmente tiene unos grandes deseos de conocerte. Nos ha oído hablar de ti, y tus cosas le hacen siempre mucha gracia.

SAMPERIO.—*(Levantándose.)* Ahora, al bajar, la pondré yo en antecedentes.

MAGDALENA.—¡Se marcha usted ya?

SAMPERIO.—Sí, señora; tengo que hacer aún. Volveré a la

oche para que me digan ustedes lo que hayan decidido. *(A* ÉSAR.) No deje usted de hablar con Amalia hoy mismo.

CÉSAR.—Sí; en seguida.

SAMPERIO.—Hasta luego.

JULIO.—Hasta después.

MAGDALENA.—Y tantas gracias...

SAMPERIO.—¡Por Dios, señora! *(A* GEMELO.) Amigo Solón, ne gustaría saber cómo se despedían antiguamente en Atenas, ara separarme de usted lo más helénicamente posible.

GEMELO.—¡Bah! Lo mismo me da un "salve", que un "ave", ue un "vale". Prefiero el ave; el vale me huele un poco a tifus.

SAMPERIO.—Pues ¡ave, Solón!

GEMELO.—¡Ave, docto amigo! *(Risas. Vase* SAMPERIO *por la erecha, dejando abierta la puerta.)*

BLAS.—¡Es muy simpático!

GEMELO.—Sí, pero muy pesimista y muy aguafiestas. ¡No ayan ustedes a creer nada de lo que ha dicho! Eso de Paulinita arecerá de importancia, estoy seguro.

CÉSAR.—¿Con quién habla?

BLAS.—*(En la puerta.)* Con Paulina, que sube. ¡Atiza, cuán-os paquetes trae! Espera, mujer. *(Mutis, y entra en seguida con* PAULINA, *cargado de paquetes como ella.)*

PAULINA.—Papá, mira todos los regalos que te manda Amalia.

MAGDALENA.—¡Jesús!

JULIO.—¡Criatura!

PAULINA.—Buenas tardes, Pagola.

GEMELO.—Buenas tardes, Paulinita.

PAULINA.—Emparedados de varias clases, embutidos, dulces, pastas... ¡Qué sé yo! Y aun espera no sé qué cosa que ha mandado comprar para ti.

JULIO.—¡Es siempre la misma!

PAULINA.—¡Todo esto para la merienda!

BLAS.—¡Estás tú fresca!

PAULINA.—¿Qué?

BLAS.—Que yo voy a picotear un poco ahora mismo.

JULIO.—¡Anda! Y todos. No creo que se nos corte la digestión de la comida...

MAGDALENA.—¿Vienes, César?

CÉSAR.—Ya iré dentro de un rato.

PAULINA.—*(Haciendo mutis con* MAGDALENA, JULIO *y* BLAS *por la primera puerta de la izquierda.)* Le conté a Amalia las peripecias de nuestro convite de hoy, y no sabes lo que se ha reído. ¡Jesús! *(Mutis.)*

CÉSAR.—*(Al verse solo con* GEMELO.) Dime, ¿viste anoche la Murillo?

GEMELO.—A última hora: en el café.

CÉSAR.—*(Temeroso de hacer la pregunta.)* ¿Fué... ése?

GEMELO.—Claro que fué. ¿Cómo no había de ir si no la dej a sol ni a sombra? Si hasta quiere casarse con ella. ¡¡Com lo oyes!!

CÉSAR.—Ella... ¿preguntó por mí?

GEMELO.—Sí. Esperó a que el otro estuviera delante, y pre guntó con un gran interés. No quisiera molestarte, querido Cé sar, pero estoy convencido de que todas esas preferencias qu demuestra por ti no son más que recursos para encelar al otr y meterlo en el saco. En medio de todo, se explica: un punt que viene con los papeles debajo del brazo y que tiene mil pese tas diarias de renta...

CÉSAR.—¡Siempre pensando mal!

GEMELO.—Y siempre acertando.

CÉSAR.—¿Le dijiste...?

GEMELO.—Sí, que tú no habías podido ir por lo de la reunión de Bellas Artes, y como Luis acababa de contarme lo de Pauli na, le añadí que tal vez no pudieras llegarte hoy a verla por causa de lo de tu hermana...

CÉSAR.—Y puede que no vaya, en efecto; no tengo humor para nada. Hasta no ver despejada la situación...

GEMELO.—¿Eh? ¿Pero...?

CÉSAR.—Estamos en un gran apuro: necesitamos dinero para que Paulina empiece cuanto antes su curación, y no lo tenemos.

GEMELO.—*(Un poco cohibido.)* Perdona, querido César, que en estas circunstancias no te devuelva algo de lo mucho que te debo; pero ya conoces mi situación... Vivo al día y...

CÉSAR.—Déjate de bobadas, hombre.

GEMELO.—No me extraña que te coja esto sin remanente, porque con Sarita te has gastado en estos días lo que no podías gastarte.

CÉSAR.—¡Bah! Cuatro regalos sin importancia...

GEMELO.—Sé que te has empeñado por su culpa, y además, y esto es lo peor, que mientras has estado pintando su retrato has dejado de hacer otros trabajos que te hubieran producido dinero.

CÉSAR.—No hay que hablar más de ese asunto.

GEMELO.—Querido César, no me gusta el camino que llevas, y siento haber sido yo quien te ha presentado a esa mujer.

CÉSAR.—¡Después de todo!...

GEMELO.—*(Tras una breve pausa.)* ¿Pero qué te pasa con tu novia, puedo saberlo?

CÉSAR.—¿Quieres que te diga que no la quiero?

GEMELO.—No me lo digas, porque no te creería. Dime más bien que no la amas.

CÉSAR.—Llámale hache.

GEMELO.—Yo no llamo hache a lo que es jota. Una cosa es querer y otra es amar.

CÉSAR.—¿Crees tú?

GEMELO.—Lo creo yo y lo cree Solón. Amalia, porque como mujer no te electriza, no despierta en ti amor; pero cariño, sí, hombre. Quien la haya tratado nada más que un poco, tiene que quererla por fuerza; porque el cariño es eso, algo que nace de la convivencia y del trato. El amor, en cambio, surge antes de que se haya convivido; por eso en tantos casos no resiste a la convivenvia y muere en la prueba. Yo te soy franco: apagados ya los fuegos de la juventud, te aseguro que el amor no sirve para vivir. Para vivir lo que vale es el cariño, y cuando se asienta sobre bondades, sacrificios y buena educación, se afirma de tal modo, se agiganta de tal suerte, que no es raro ver que lo que empezó en afecto tranquilo se convierte en verdadera pasión, y esa pasión sí que es de las que no se extinguen jamás.

CÉSAR.—Olvídate de que has sido Solón y déjate de discursos.

GEMELO.—Pues sin discursos: vuelve en ti, César; desimpresiónate. No hay hombre en el mundo en las condiciones que tú para ser feliz. Has encontrado un protector fantástico que te compra cuanto produces y que te está haciendo artista; a él deberás algún día lo que llegues a ser, porque como sabes que vendes lo que pintas, pintas mucho, te ejercitas, y "fabricando fit faber", fabricando se hace el artífice. Déjate de niñerías; entrégate a tu arte y a la mujer que tanto te quiere y que tanto te conviene. Las tiples de zarzuela... para los barítonos. Además, que Sara Murillo no es mujer para ti. Tu entereza, tu rectitud, tu seriedad, no se compaginan con la frivolidad y la insubstancialidad de una mujer sin sesos. Olvídala, hombre.

CÉSAR.—Pero si entre ella y yo no hay nada, ni ha habido nada nunca.

GEMELO.—Porque ella no ha querido. ¡Nos has fastidiao! Dime, ¿has terminado con Amalia?

CÉSAR.—Estaba decidido a terminar esta tarde; pero lo de Paulina...

GEMELO.—¿Eh?

CÉSAR.—Es Amalia la única que puede facilitarnos el dinero que necesitamos para su curación, y...voy a pedírselo.

GEMELO.—¿Qué?

CÉSAR.—¿Comprendes ahora?

GEMELO.—Cuidado, César. Tú no eres capaz de una indignidad. Esa petición envuelve una prueba grande de confianza, una seguridad de que no has de romper el lazo que a ella te une.

CÉSAR.—*(Desalentado.)* ¡Si precisamente por eso...! *(Suena dentro una carcajada.)* ¿Eh? ¿Es ella?...

GEMELO.—¿Quién?

CÉSAR.—¡Sara! *(Nueva risotada dentro.)* Sí; esa risa es la suya. *(Corre a la puerta de la derecha.)*

GEMELO.—Se te antojan los dedos huéspedes.

CÉSAR.—¡¡Sara!!

GEMELO.—*(Extrañadísimo.)* ¿Qué?

SARA.—*(Guapísima y elegantísima mujer, entrando en escena con* BERTA, *su hermana, no menos guapa y elegante que ella.)* ¡Hola, hombre!

CÉSAR.—*(Nerviosa y cariñosamente.)* ¿Tú en mi casa?...

BERTA.—Buenas tardes. ¡Anda, si está también el gran Pagola!

GEMELO.—¡Las hermanas Murillo!... *(Saludos.)*

SARA.—Perdona que venga a tu estudio; pero Pagola me dijo anoche que tal vez no fueras hoy a verme porque tienes a tu hermana enferma.

CÉSAR.—*(Inquieto.)* Baja la voz.

SARA.—¿Eh?

CÉSAR.—Es mi estudio, pero es también mi casa y podría oírte...

SARA.—Perdona.

BERTA.—No sabes lo que siento tu contrariedad.

CÉSAR.—Gracias. ¿Pero no se sientan ustedes?

SARA.—Un instante; nos vamos a marchar en seguida. Venimos porque, no te exagero, me has tenido sin dormir toda la noche.

CÉSAR.—¡Qué suerte!

SARA.—En serio.

CÉSAR.—¿Y la causa?...

SARA.—Pues que... Mira; hagamos historia: recuerda que yo tuve el gusto de conocerte porque quise que me hicieras un retrato. *(Por* PAGOLA.) Este me había hablado de ti, y yo te llamé; hablamos, ajustamos el precio del retrato; tú hiciste tu trabajo con gran satisfacción por mi parte...

CÉSAR.—Por la mía, no. No me gusta lo que hice: no he sado apoderarme de ti.

SARA.—¡Ansioso!

CÉSAR.—Bueno; ¿y qué, dime?

SARA.—Pues, hijo, lo que es natural, que vengo a pagarte.

CÉSAR.—*(De una pieza.)* ¿A pagarme?

SARA.—¿Te extraña? Me ha preocupado mucho lo que te sude, porque tus cosas me interesan como si fueran mías; he ipuesto que en estas circunstancias podrías necesitar dinero, y ada más lógico que yo, que te quiero bien, te pague lo que gítimamente te adeudo.

CÉSAR.—No sé cómo interpretar esto, Sara; si como una prueba de bondad o como un deseo de mortificarme.

SARA.—¿De mortificarte?... ¿Pero ustedes oyen esto?

BERTA.—¡Criatura!

SARA.—Hombre, Gemelo, dile tú...

GEMELO.—No sé qué decirle, Sarita. Después de lo que otras eces han hablado ustedes sobre esto, me extrañan tanto tu resencia aquí como tus palabras.

DON JORGE.—*(Un caballero casi cincuentón y muy bien porado, entrando por la derecha.)* Buenas tardes.

CÉSAR.—¿Eh?...

GEMELO.—¡El otro! *(Cayendo de su burro.)* ¡Ah, vamos!...

DON JORGE.—*(Reconociendo a* CÉSAR *y un poco mosca.)* ¡Ah! Pero se trata de...?

SARA.—¿Cómo tú aquí, Jorge?

DON JORGE.—Pasaba por aquí; ya sabes que a estas horas es sta calle mi paso obligado...

GEMELO.—*(Con intención.)* ¡Ya!

DON JORGE.—Vi tu coche, pregunté al chofer, me dijo que abías subido al estudio de un artiste, sentí curiosidad y..., used perdone, señor Caracena, si me he entrado aquí sin más ni más.

CÉSAR.—Usted viene a su casa, señor González.

DON JORGE.—Muchas gracias. *(A* SARA.) ¿Qué haces aquí?

SARA.—He venido a pagarle a César el retrato.

DON JORGE.—¡Ah!

CÉSAR.—Ganas que ha tenido de perder el tiempo, porque el retrato no he de cobrárselo jamás. Es un regalo que yo me permito hacerle.

DON JORGE.—¿A quién?

CÉSAR.—A ella.

DON JORGE.—Es que el retrato lo tengo yo y lo ha hecho usted para mí.

CÉSAR.—¿Eh?

DON JORGE.—Sara se lo encargó a usted a instancias mías, soy yo y no ella quien paga su importe.

CÉSAR.—*(Conteniéndose.)* En ese caso...

GEMELO.—¡Claro, hombre!

SARA.—¿Pero es que yo no te lo dije?...

CÉSAR.—No; no me lo dijiste.

SARA.—¿Qué más daba?... Toma. *(Le alarga un sobre.)*

CÉSAR.—Puesto que el dinero no es tuyo, lo acepto. *(Tom el sobre.)*

BERTA.—Claro.

CÉSAR.—*(A* DON JORGE.*)* Ahora, ni usted ni nadie podrá in pedir que yo le regale a Sara esta cantidad para sus pobres. *(L da el sobre.)*

DON JORGE.—¡Tiene gracia! ¿Y no es usted uno de ellos?

CÉSAR.—*(Agresivo.)* ¿Eh?

GEMELO.—*(Interponiéndose.)* ¡César!

SARA.—*(En tono de reconvención.)* ¡Pero Jorge!...

AMALIA.—*(Por la derecha, con una caja en la mano y mu alegremente.)* ¡Hola, buenas tardes! *(Al ver la seriedad de todos.* ¡Ay, perdonen!... (AMALIA *es una muchacha que no es una be lleza, ni mucho menos; es, simplemente, agradable. Viste bie y habla con dulzura. Es de esas mujeres que cuando las ve un por primera vez piensa: "no vale nada", y que al acabar de ha blar con ellas dice uno: "no sé qué tiene que me gusta".*

CÉSAR.—Dios te guarde.

GEMELO.—Buenas tardes, Amalia.

DON JORGE.—*(Reconociéndola.)* ¿Eh? ¿Pero es Amalita?...

AMALIA.—¡Oh! ¿Qué tal; cómo va?...

DON JORGE.—Muy bien, muchas gracias.

SARA.—*(Aparte a* GEMELO.*)* ¿Es ésa?...

GEMELO.—Sí.

SARA.—¡Jesús! *(Lanzando una carcajada agresiva, que deja a todos de una pieza.)* ¡Ja, ja, ja!...

AMALIA.—¿Eh?

GEMELO.—*(Para disimular.)* Nada, una tontería que le he dicho... Es...

AMALIA.—*(Comprendiendo y rebosante de ironía.)* Sé quién es. Me ha divertido mucho en el teatro. En esa obra que ha estrenado últimamente, cuando quiere aparentar bondad y delicadeza y virtud, está muy graciosa.

GEMELO.—(¡Chúpate ésa!)

SARA.—*(Dispuesta a saltar.)* ¿Eh?

AMALIA.—*(Volviéndole la espalda y dirigiéndose a* CÉSAR.) 'u padre está ahí?

CÉSAR.—Sí.

AMALIA.—Voy a verle. Adiós, señor González.

DON JORGE.—Adiós, Amalita.

AMALIA.—Buenas tardes.

GEMELO.—Buenas tardes. *(Muy dignamente se va por la primera puerta de la izquierda.)*

SARA.—*(Nerviosa.)* ¡Vamos, Berta!

DON JORGE.—Sí; el señor Caracena tendrá que hacer...

CÉSAR.—*(Agresivo.)* Lo único que tengo que hacer es pedir usted que me aclare ahora mismo las palabras que ha dicho ıtes. *(Inquietud en todos.)*

DON JORGE.—*(Con serenidad y sinceridad.)* No se trata de larar, sino de pedir a usted sinceramente que me perdone por ıberlas pronunciado. Reconozco mi indiscreción y mi impernencia.

CÉSAR.—Usted mismo se juzga.

DON JORGE.—Deploro tener que juzgarme así, y siento ha-r hecho víctima de una indelicadeza, en su propia casa, a ıien tan caballerosamente se ha mostrado conmigo en todas las :asiones. Buenas tardes.

CÉSAR.—Buenas tardes. *(Vase* DON JORGE *por la derecha.)*

BERTA.—¡Válgame Dios!...

SARA.—*(A* GEMELO, *dándole el sobre que contiene el dinero.)* ɔma; tú harás con este dinero lo que creas conveniente. ¡A mí, orgullo no me gana nadie!

GEMELO.—¡Así se procede!

SARA.—Adiós, César.

CÉSAR.—*(Sin mirarla.)* Adiós. *(Mutis de* BERTA *y* SARA.)

GEMELO.—*(Sacando su cartera y guardando en ella el sobre ıe le dió* SARA.) Soy un artista, un filósofo y un jefe de negocia-ɔ; he sido un sabio y un político; y por estas cinco razones me ıedo con estas pesetas. ¡Menudo día llevo!

CÉSAR.—*(Saliendo de su ensimismamiento.)* ¿Has visto?

GEMELO.—Tú eres quien tiene que ver y no yo. La trama no ıede estar más clara. Ella sabía que el otro tenía que pasar ɔr aquí a estas horas; supuso, atinadamente, que subiría a ver ɔn quién estaba, y ya has visto el efecto que le produjo el ver ıe estaba contigo y la cara de satisfacción que puso ella cuan-ɔ vió logrados sus propósitos. ¡Vaya combinista y vaya intri-ınte! Si tuviera de ancha todo lo que tiene de larga, era a un ıismo tiempo el Amazonas y el Mississipí. ¡Señores con la tiple! demás es de una frescura inaudita, porque a ti ni te indicó

siquiera que el retrato era para el otro. Mucho castigo dura las sesiones, porque yo he visto cómo te castigaba; tú de p dillo, poniendo el alma en tu trabajo, y... luego para el otro.

CÉSAR.—¡Canalla!... Creo que he hecho bien en aceptarle dinero y luego devolvérselo, ¿no?

GEMELO.—¡Cómo bien!... Séneca te hubiera aplaudido. ¿Có vas tú a recibir una limosna de nadie, y menos de ese caba rete? Ese dinero no podéis tocarlo, ni tú ni ella.

CÉSAR.—Creo lo mismo.

GEMELO.—Me lo ha dado a mí para que yo haga con él que crea más conveniente, y tampoco yo quiero retenerlo en poder. Dentro de un rato se lo entregaré a una pobre señora q está necesitadísima, porque tiene un huésped que no le pa casi nunca.

CÉSAR.—¿Quién es?

GEMELO.—Mi pupilera.

CÉSAR.—*(Comprendiendo.)* ¡Ah, vamos!

HELISEBARDA.—*(Por la derecha.)* ¿Se puede?

CÉSAR.—Adelante, amiga mía.

HELISEBARDA.—*(Entrando.)* Buenas tardes.

GEMELO.—Buenas tardes. (HELISEBARDA, *la señora de comp ñía de* AMALIA, *ha cumplido ya los cuarenta y cinco años. Vi con arreglo a su edad y a su categoría: nada de exageracion Trae un pequeño libro en la mano.)*

CÉSAR.—*(A* GEMELO.) Aquí tienes a la persona de quien hablé.

GEMELO.—*(Rendidamente.)* ¡Oh!...

CÉSAR.—*(Presentando.)* Doña Helisebarda Villapodambre, señorita de compañía de Amalia... Mi amigo Gemelo Pagola...

GEMELO.—Tantísimo gusto...

HELISEBARDA.—¿Es usted el protagonista de la bella histor que acaba de contarnos el doctor Samperio?

GEMELO.—Para servirle.

HELISEBARDA.—Le felicito.

GEMELO.—Gracias.

HELISEBARDA.—Aquí tiene usted el libro que me parece m a propósito para que estudie usted su vida pasada. *(Se lo da*

GEMELO.—*(Leyendo.)* "Plutarco. "Las vidas paralelas". M chísimas gracias.

HELISEBARDA.—Es la edición de Rans Romanillo. En ese t mito están Teseo y Rómulo, Licurgo y Numa, y Solón y Pobl cola; que no sé por qué Plutarco no le ha buscado a usted mej paralelo. Usted fué un gran sabio, y Poblícola no fué más q un romano listo, que supo embaucar al populacho.

CÉSAR.—Helisebarda, o Helise, como solemos llamarla sus amigos, es una mujer que ha leído muchísimo.

GEMELO.—Ya veo, ya. (CÉSAR *se separa de ellos y queda ensimismado.)*

HELISEBARDA.—Siguiendo los consejos de Plinio el joven, he leído mucho, pero no he leído muchas cosas.

GEMELO.—¡Oh!... Pues yo me he encontrado, de pronto, con la sorpresa de lo que he sido, y francamente, estoy orgulloso.

HELISEBARDA.—Es para estarlo. Ha tenido usted verdadera suerte. Porque podía usted haber sido un personaje de menos importancia: un Trasíbulo, un Pausanias, un Epaminondas, un Conón.

GEMELO.—Sí, ya lo creo.

HELISEBARDA.—¡Pero haber sido el más grande de los sabios!

GEMELO.—Según eso, usted cree en lo de las reencarnaciones...

HELISABARDA.—Como en el Sol que nos alumbra. Yo estuve muchos años haciendo averiguaciones por todos los sistemas, por el de Minucio Tundano, el de Appio Soterides y el de Juvencio Cornuto, para ver lo que había sido en una anterior reencarnación y no paré hasta que lo supe.

GEMELO.—¡Ah! ¿Lo supo usted, al fin?

HELISEBARDA.—Sí; y el saberlo determinó la orientación de mi vida.

GEMELO.—¿Y quién fué usted?

HELISEBARDA.—Viriato.

GEMELO.—¡Mi madre!

HELISEBARDA.—No sé si el averiguarlo fué para mí una desgracia o una fortuna; pero, desde luego, al saber que había sido Viriato y verme mujer, me dediqué al estudio y renuncié al amor.

GEMELO.—Mal hecho.

HELISEBARDA.—¿Usted cree?...

GEMELO.—Porque lo creo lo digo.

HELISEBARDA.—*(Mirándole tiernamente.)* Celebro que ese sea el parecer de Solón. *(Rumor de voces que se acercan.)*

CÉSAR.—¿Eh?

MAGDALENA.—*(Entrando en escena por la primera puerta de la izquierda, seguida de* AMALIA, PAULINA, JULIO *y* BLAS.) ¡Que lo sepa César!... ¡Que lo sepa César en seguida!...

CÉSAR.—¿Qué sucede?

AMALIA.—Nada; no hagas caso; exageraciones de tu madre y de Blas.

JULIO.—*(Irónico.)* Sí, bobadas. Que te digan Paulina y Blas

el favor que va a hacerles y te convencerás de que son exagerraciones y tonterías.

AMALIA.—¿También usted? ¡Pues hijó!

CÉSAR.—Bueno; ¿puedo yo saber?...

MAGDALENA.—*(Secándose los ojos.)* Que enterada Amalia por el doctor de que a Paulina le convendría muchísimo quitarse de estos calores de Madrid y vivir algún tiempo en el campo en vez de marcharse a San Sebastián, como tenía proyectado ha resuelto pasar el verano en su finca de la Sierra y llevarse a Paulina. *(Se le quiebra la voz.)*

AMALIA.—¡Claro! ¡Qué tiene de particular!

CÉSAR.—*(Conmovido.)* ¡Amalia!...

AMALIA.—Y que no hemos de volver hasta sabe Dios cuándo. A mí el campo, estando acompañada, me gusta mucho. Estoy decidida a que Paulina permanezca allí hasta que el pesimista de Samperio diga basta. *(Acariciando a* PAULINA.) La cuidaremos, la mimaremos, la obligaremos a comer aunque no tenga ganas y hasta le llevaremos el novio de cuando en cuando para que no se entristezca. *(Al ver la emoción de* JULIO *y de* MAGDALENA.) No creo que esto sea motivo para tanta lagrimita oculta..

MAGDALENA.—¡Dios te lo pague, Amalia!

HELISEBARDA.—¡Lo bien que vamos a pasarlo!...

AMALIA.—A Helise le gusta la sierra mucho más que San Sebastián.

HELISEBARDA.—¡Muchísimo más! ¡Me entusiasman los montes, los riscos!...

GEMELO.—*(Aparte a* HELISEBARDA.) ¡Viriato que asoma!

HELISEBARDA.—*(En un suspiro.)* ¡Asoma Viriato!

CÉSAR.—Bueno; ¿y qué es lo de Blas? Aun no me han dicho ustedes...

AMALIA.—¡Ah! Lo de Blas es un negocio muy serio que acabamos de hacer.

CÉSAR.—¡Hola!

AMALIA.—Vengo oyendo decir desde que tengo uso de razón que una farmacia es una mina.

GEMELO.—¡Ya lo creo!

AMALIA.—¿Y no es una lástima que siendo él farmacéutico desde hace unos días y teniendo tantos deseos de trabajar y de ganar dinero, esté aquí, mano sobre mano, esperando que le caiga del cielo el maná?

GEMELO.—¡Claro!

AMALIA.—Yo hablé el jueves con mi administrador, le encargué que averiguara si había por ahí, en buen sitio, alguna farmacia cuyo dueño quisiera traspasar el negocio; ha encon-

rado una, con su magnífico laboratorio y todo, y ya tenemos a mina.

CÉSAR.—¿Eh? ¿Pero?...

AMALIA.—Yo voy a prestarle las pesetas que necesite para acar el título y pagar el traspaso; le hemos fijado al dinero un nterés del cuatro y medio por ciento, y para que sea buen neocio para mí, mientras no me devuelva hasta la última peseta ne dará el diez por ciento de las utilidades que la farmacia roduzca.

GEMELO.—No está mal; no, señor.

AMALIA.—¿Verdad? No quiero que esto parezca un favor, orque no lo es; es un negocio.

CÉSAR.—¡Por Dios, Amalia!

AMALIA.—Y si fuera un favor, no creas que lo hago porque ú me has favorecido con tu predilección. Antes de que nostros tuviéramos relaciones, yo quería a Paulina y estimaba a u hermano. Además, que serían favores, si yo, para hacerlos, uviera que sacrificarme en lo más mínimo. ¿Pero qué sacrifiios suponen para mí esas pesetas que me sobran, ni el variar le residencia durante el verano y quedarme más cerca de ti? nada comprometen a nadie estos favores míos. Si yo creyera, ue al hacerlos, te obligaba hacia mí, no los haría, o los haría le otra forma. Tú nunca estás atado a mí por nada que no sea or tu cariño. Soy yo la que está obligada a ti siempre, porque aliendo tú tanto y yo tan poco, me has hecho el honor de pereirme.

CÉSAR.—*(Amorosamente.)* ¡¡Amalia!!

GEMELO.—*(Volviéndose de espaldas.)* ¡Ay, ay, ay, ay!...

JULIO.—*(Idem de idem.)* ¡Oy, oy, oy!...

BLAS.—*(Idem.)* ¡Huy, huy, huy, huy!...

PAULINA.—¡Dejémosles!

CÉSAR.—*(Dándose cuenta.)* No; no es secreto lo que voy a lecirle. Pueden oírme todos. Iba a preguntarle si esa finca de a Sierra tiene capilla.

AMALIA.—Sí, y para que Paulina no se mueva mucho irá un acerdote todos los domingos a decir misa.

CÉSAR.—¿Y querrás que ese sacerdote nos case el día de la Virgen de Septiembre?

TODOS.—¿Eh?...

AMALIA.—*(Conmovidísima.)* ¡César!

CÉSAR.—¿Querrás, Amalia?

AMALIA.—*(Como antes.)* Queriendo tú, ¿qué más puedo yo petecer?

CÉSAR.—¡Gracias!

AMALIA.—Yo soy quien debe dártelas, César. Sin tu cariñ yo sería la mujer más desgraciada de la tierra.

MAGDALENA.—(¡Gracias a Dios!)

GEMELO.—*(Entusiasmado.)* ¡Así se hace, César! ¡Así se hac Te aplaudimos los ocho. ¡Sí, los ocho! Porque, además de no otros, te aplauden Viriato y Solón!

TELON

ACTO SEGUNDO

Lujoso salón en casa de César y Amalia. Una puerta en el foro y otra en cada lateral. Es de día: en noviembre.

(Están en escena al levantarse el telón, poniendo sobre unas mesas los servicios de café y licores, DIEGO, *criado de frac, y* EULOGIA *y* BELLA, *las dos criadas que ya nos son conocidas y que están desconocidas ahora de puro uniformadas y "encofiadas".)*

BELLA.—*(Un poquito alterada.)* Te advierto que si lo que quieres es llevarme la contraria para quemarme la sangre, no lo consigues, porque yo, Santa Tranquilina, virgen y mártir. No discuto contigo por nada del mundo. Me dices que ahora es de noche y, en vez de porfiarte, enciendo las luces.

EULOGIA.—Mira, Bella; a ti lo que te pasa es que, como has sido cocinera de las baratas y no has prosperado en el gremio, te come la envidia y no te parece bien nada de lo que guisa la Benita, que aquí y en donde se ponga, es una cocinera de punta.

BELLA.—¡Jajay, qué risa! ¡De punta! ¡Mírame este ojo!

EULOGIA.—Te lo miro y te lo soplo, por si tienes todavía carboncilla.

BELLA.—¡De punta! Que me hubieran dao a mí cuando era cocinera los ingredientes que hubiera pedido, una pincha, buenas carnes y buenos pescaos y...

EULOGIA.—¡Y un vermú!

BELLA.—Y hubieran visto si yo era o no era también de punta. Pero a dos velas, lo más que puede hacer una es andar a trompicones. ¡Nos ha fastidiao! La Benita es una birria aquí y en Chicha-Carlota, que es su pueblo. Lo que pasa es que no somos patriotas, y en cuanti una frescales pone los nombres en

francés y llama soles a los lenguaos y rugetes a los salmonetes le dan en seguida treinta duros de sueldo.

EULOGIA.—*(Irónica.)* Sí; en seguida.

BELLA.—No creo que la comida que ha dao hoy la Benita haiga sido, por su novedad, pa un homenaje. Yo creí que se trataba de otra cosa; pero el "tioro-cascotte" no era más que una bullabesa mal hecha; el "caneton petit-lac"..., ¡qué risa!, un guiso de pato vulgarísimo, que doy yo esa patada en cualquier parte, y me echan, y el "truite friture", que tenía yo la mar de ganas de saber lo que eran "truites", pues no eran más que truchas del Jarama. ¡¡Y treinta duros por freír "truites"!! ¡Mal tiro le den a la Benita y a las "truites"! *(Risas.)* Poco voy yo a durar en esta casa...

DIEGO.—También yo el mejor día...

EULOGIA.—¿Eh?

DIEGO.—Y no es por culpa de la señora, que es una santa, ni del señor, que es un caballero donde haya caballeros; es que a la doña Helisebarda y al don Gemelo ése, que viene aquí a comer de gorra un día sí y otro también, le han dicho no sé en dónde, que yo, antes de ahora, he sido Pilato, y me tracen loco.

BELLA.—¿Pilato?

EULOGIA.—¿Pero qué Pilato, Diego?

DIEGO.—El de nuestro Padre Jesús.

BELLA.—*(Boquiabierta.)* Oiga, ¿pero cómo puede ser eso?

DIEGO.—Un infundio de esa gente. Nada, que dicen que las almas emigran y encarnecen aquí y allá, y que uno, aunque uno no se acuerde, ha sido otro antes de ser uno, y que yo he sido Pilato, el de la jofaina.

EULOGIA.—¡Jesuús!

DIEGO.—Y le voy a dar a uno una bofetada, que lo voy a dejar para los restos, con la barba en el hombro, como a esos egipcios que pintan. ¡A mí bromas de ésas, no, porque mato a mi padre! *(Se oye hablar dentro.)*

EULOGIA.—¡Ellos!

BELLA.—¡Sí!

DIEGO.—¡Cuidao! *(Quedan aguardando respetuosamente. Por la izquierda entran en escena* AMALIA, ELISEBARDA, CÉSAR, GEMELO, SAMPERIO, JULIO *y* BLAS. *Vienen charlando animadamente. Unos se sientan, otros permanen de pie y Diego, Eulogia y Bella les sirven el café, los licores y los tabacos.)*

JULIO.—Créanme ustedes a mí, que ya soy viejo. Este país es el menos gobernable de todos los países. Aquí no hay patrio-

ismo; aquí no hay más que egoísmos y particularismos. Chicos grandes anteponen en todo momento su interés personal y su mor propio al interés general y al bien de la nación.

HELISEBARDA.—Está usted en lo firme.

BLAS.—Lo que hace falta es que cada uno se defina, que sepamos cómo piensa cada quisque, para saber de una vez si la nayoría es blanca o es roja,

SAMPERIO.—¡Definirse! ¡Está usted fresco! Las definiciones comprometen, y aquí, además de los indiferentes, que son los nás, hay muchos pancistas que están expectantes, a ver quién riunfa, para acercarse al triunfador diciéndole: "Yo era de los uyos".

GEMELO.—Con esos indiferentes y con esos pancistas acabé o hace dos mil seiscientos dieciocho años.

SAMPERIO.—¡Caramba!

GEMELO.—Sí, señor. Cuando fuí Solón.

SAMPERIO.—¡Ah! No me acordaba... Perdone.

GEMELO.—Ahí están mis tablas. Yo declaré tachados de infamia a los que en caso de sedición no se declaraban de uno u otro bando.

SAMPERIO.—¡Muy bien!

GEMELO.—En Atenas acabé yo con los "vivales".

BLAS.—¡Pupila, amigo!

GEMELO.—Sí, señor; esa la he tenido yo desde que me alumbró mi primera madre el año seiscientos treinta y nueve antes de Jesucristo.

AMALIA.—A mí me parece que la política, en general, cambiaría muchísimo si las mujeres tomáramos una parte muy activa en la gobernación de los países.

HELISEBARDA.—¡Ya lo creo! Las guerras, por ejemplo, terminarían si en cada nación el ministro de la guerra fuera una mujer.

SAMPERIO.—No me imagino una mujer en guerra.

GEMELO.—Ni yo tampoco. A lo sumo, en Estado. *(Risas.)* ¡No es chiste! Lo único que me apesadumbra de mi vida anterior es la desconfianza con que traté siempre a las mujeres.

AMALIA.—*(A César, que permanece como abstraído.)* ¿Qué te sucede?

CÉSAR.—Nada; estaba distraído...

AMALIA.—*(Tristemente.)* (Siempre así...)

GEMELO.—*(A Diego.)* Oiga, Pilato. *(Diego se hace el loco.)* Pilato... ¡Poncio!

DIEGO.—*(Con las de Caín.)* ¿Es a mí?

GEMELO.—No me ha dado un cigarro.

DIEGO.—Perdone el señor. *(Todos se miran significativamente. Diego se acerca a Gemelo con una caja de plata en la que están los cigarros, se la presenta y le dice a media voz y muy reconcentradamente:)* Esto de Poncio me lo va usted a decir un día en la calle.

GEMELO.—*(Sin alterarse y tomando un tabaco.)* En la calle y en el altar mayor. ¡Usted ha sido Pilato!

DIEGO.—*(Amenazador.)* ¡Pues me voy a lavar las manos por segunda vez!

GEMELO.—¡Higieniquísimo! *(Se dispone a encender su cigarro.)*

DIEGO.—*(Indignado.)* ¡Malhaya!... *(Cierra la tabaquera de golpe y se coge un dedo.)* ¡¡¡Huy!!!... *(Haciendo mutis por la izquierda.)* A este Gemelo le voy yo a enseñar los puños. *(Vase.)*

BLAS.—¡Bueno va!...

AMALIA.—*(A Eulogia, por parte del servicio.)* Pueden llevarse esto...

EULOGIA.—Sí, señora. *(Ella y Bella cargan con las bandejas.)*

AMALIA.—Ya saben que vuelven esta tarde del campo la señora y la señorita Paulina. Que esté todo arreglado.

EULOGIA.—Sí, señora.

AMALIA.—¡Ah! Y díganle a la cocinera que tanto la bullabesa como el canetón estaban riquísimos. *(A los demás.)* ¿Verdad? *(Asienten todos.)*

EULOGIA.—Sí, señora.

BELLA.—*(Que si es muda revienta.)* ¡El canetón!

AMALIA.—¿Eh?

BELLA.—*(Rufiana.)* ¡Que sí! ¡El canetón y las truites! ¡Qué risa! *(Mutis por la izquierda.)*

AMALIA.—*(Que no vuelve de su asombro.)* ¿Qué le sucede a ésa?

EULOGIA.—Encelada que está... Ya lo sabe doña Helise...

JULIO.—¿De manera, querido doctor, que esa chiquilla está completamente curada, a Dios gracias?

SAMPERIO.—Sí, señor. Puede usted decírselo cuando venga. Los dieciséis meses de campo y sobre todo el reposo casi absoluto de la primera temporada...

GEMELO.—Y el que no tenía nada...

SAMPERIO.—Ahora a casarse y a Burgos. No es allí donde está su novio de catedrático?

JULIO.—Sí.

SAMPERIO.—Aquello le gustará y le sentará muy bien. Burgos s una de las poblaciones más sanas y más bonitas de España.

CÉSAR.—*(Levantándose.)* Bueno; dejo a ustedes.

AMALIA.—¿Ya?

CÉSAR.—Estarán arriba los modelos esperándome.

JULIO.—Trabajas demasiado, César.

CÉSAR.—¡Bah!

AMALIA.—Desde que nos casamos ha dejado de trabajar los liez días que estuvimos de viaje, y para eso no todos.

CÉSAR.—Es que tengo unos deseos vivísimos de acabar lo que estoy haciendo; ya tú lo sabes. *(A* GEMELO.)

GEMELO.—Sí, Amalita; conviene que termine esa obra cuano antes. Está en un momento de fiebre artística; ahora va por ma primera medalla. Se ha metido en una obra de empeño; mejor dicho, de interés; sería de empeño si fuera mía. *(Risas.)* Qué gran favor le hizo estimulándole y obligándole a trabajar el pobre don Eligio, que esté en gloria!

CÉSAR.—Es cierto.

SAMPERIO.—¿Pero ha muerto su antiguo protector?

CÉSAR.—Hará poco más de un mes. Y ahora que puedo, he de hacer por sus hijos cuanto me sea posible. No debo olvidar que fué él quien nos redimió a todos de la pobreza casi vergonzante en que vivíamos.

GEMELO.—Por cierto, César, que estuve en su casa para hacer las averiguaciones que me encargaste, y no he podido sacar nada en limpio. Nadie sabe allí a qué República americana enviaba tus cuadros.

CÉSAR.—Me gustaría saber el paradero de alguno de ellos. Aquel en que está Helise de Santa Ana... Y aquel pequeño de Paulina haciendo de Pomona, la diosa de los campos.

JULIO.—Y en el que estoy yo de Acalo, fabricándole las alas a Icaro.

SAMPERIO.—Por lo que oigo, utilizaba usted a la familia como modelo.

CÉSAR.—A la familia y a los amigos. *(Por* GEMELO.) Aquí tiene usted a Esopo.

GEMELO.—¡Ay, qué gracioso! A Esopo, a Napoleón y a San Sebastián atado a un árbol y diciendo: "Vengan flechas." *(Risas.)* Ahora vas a tener que pintarme de Solón.

CÉSAR.—Es una idea. Bueno, hasta luego.

AMALIA.—Hasta luego.

SAMPERIO.—Adiós.

GEMELO.—Anda con Dios. *(Se va* CÉSAR *por la puerta del*

foro. AMALIA, *preocupadísima, se sienta un poco apartada.* HELISEBARDA *acude a ella.)*

BLAS.—*(Levantándose.)* También yo voy a marcharme. *(A* JULIO *y* SAMPERIO.) Qué, ¿vienen ustedes al laboratorio a admirar de cerca los trabajos de... Solón? *(Risas.)*

GEMELO.—Ríanse ustedes, pero ya verán el dineral que vamos a ganar. *(Encarándose con* SAMPERIO.) Por cierto que para usted tengo reservado también un gran negocio.

SAMPERIO.—¡Hombre!

GEMELO.—Sí, señor. ¿No tiene usted una magnífica instalación de rayos X?

SAMPERIO.—La mejor de España.

GEMELO.—Pues ya está.

SAMPERIO.—¿Cómo?

GEMELO.—Que se me ha ocurrido hacer una película utilizando los rayos X.

SAMPERIO.—¿Qué?...

GEMELO.—Sí; tengo ya resueltas todas las dificultades. ¡Para hincharse! Una película en la que no se vean más que los esqueletos de las personas. La calle de Alcalá llena de esqueletos que, charlando y riendo, van a los toros... Un esqueleto que saluda a otro, sube a un tranvía y se acerca demasiado a una esqueleta... Luego, los tendidos llenos de esqueletos bulliciosos que piden almohadillas y se sientan como en el aire... Las cuadrillas huesosas que hacen el paseíllo airosamente, la osamenta de un miura que sale del chiquero, un esqueletillo tembloroso que torea de capa, veinte mil esqueletos que aplauden y los huesos de los revisteros que escriben las reseñas. *(Risas.)*

SAMPERIO.—*(Preocupado.)* Pues no es ninguna tontería.

GEMELO.—¡Qué va a ser! También se rieron cuando dije lo de las laringes de goma, y ya ven ustedes si eso va a dar juego.

SAMPERIO.—Bueno; pero lo de las laringes ¿qué es?

GEMELO.—Ahora lo verán ustedes. Es lo más grande que a mí se me ha ocurrido. Nada, que como varios tenores en sus testamentos han dejado sus gargantas a las Escuelas de Medicina para que hagan estudios, yo he sacado varios vaciados de sus cuerdas vocales, he construído con tripas de cerdo, pastelina y caucho virgen unas laringes de recambio que se las traga uno muy fácilmente, se amarran con un hilito para que no se vayan para adentro y... *(Cantando muy atenorado.)* "Costas las de levante..." *(Risas.)* Hago tenores por ochocientas pesetas. ¡Y qué timbres de voz! ¿Saben ustedes quiénes me van a comprar una? García Prieto y Ruiz Jiménez. Y don Cástulo Reus, ése tan afónico, me ha comprado ya dos: una de barítono para

ablar por teléfono, y otra de tenor para por las noches. Llega la puerta de su casa, se traga su laringe y... *(Con voz agudísima.)* ¡¡Sereno!!... *(Nuevas risas.)*

SAMPERIO.—Hombre, vamos a ver eso.

JULIO.—Sí, vamos.

GEMELO.—Andando.

AMALIA.—*(A* GEMELO.) Aguarde un momento. *(A los demás.)* Vayan ustedes para allá, que yo tengo que hacer una pregunta a Pagola.

JULIO.—Muy bien. *(A* GEMELO.) Pues allí le aguardamos.

BLAS.—Hasta luego, Amalia.

JULIO.—Hasta después.

SAMPERIO.—*(Despidiéndose de* AMALIA.) Y muchísimas gracias.

AMALIA.—¡Por Dios santo!... *(Se van por el foro* JULIO, BLAS, SAMPERIO *y* HELISEBARDA.)

GEMELO.—*(Tras una breve pausa, al quedarse solo con* AMALIA.) ¿De qué se trata, Amalita?

AMALIA.—*(Preocupadísima, indicándole que se siente.)* No sé por dónde empezar.

GEMELO.—*(Sentándose.)* Por en medio; yo no empiezo por el principio jamás.

AMALIA.—Usted quiere mucho a César, ¿no es cierto?

GEMELO.—Mucho.

AMALIA.—Y a mí también, ¿verdad?

GEMELO.—Más que a él. *(A un gesto de* AMALIA.) Sin gestos. Para mí la bondad es el supremo atractivo de las personas. Quiero a César porque es bueno, y a usted la quiero más, porque es más buena que él. *(Sinceramente.)* Usted, Amalia, es la mujer más buena que yo he conocido en mi vida.

AMALIA.—*(Un poco conmovida.)* Gracias.

GEMELO.—Y basta de exordio. ¿Qué pregunta era ésa?...

AMALIA.—¿Por qué César no es feliz?

GEMELO.—¡Zambomba!

AMALIA.—¿Eh?

GEMELO.—¿Pero usted cree que no es feliz?

AMALIA.—Y usted también lo cree.

GEMELO.—*(Titubeando.)* ¿Yo?... Pues... Verá usted...

AMALIA.—¿Vamos a hablar con absoluta confianza? Sepa usted, para su tranquilidad, que cuanto voy a decirle ni es afán de confidencias, ni desahogo pueril, ni mucho menos crítica: es sólo el deseo de poner los medios necesarios para lograr la felicidad de quien tanto me interesa.

GEMELO.—Acepto la franqueza que me propone. Dice usted bien: hablemos con absoluta sinceridad.

AMALIA.—César no es feliz.

GEMELO.—¿Así, tan en absoluto?...

AMALIA.—Y no es feliz, porque no me quiere.

GEMELO.—No diría yo tanto. La quiere, estoy seguro, pero...

AMALIA.—Pero no lo suficiente para sentirse dichoso a mi lado.

GEMELO.—¡Qué sé yo! Mire usted, Amalia; y no digo esto para disculpar particularmente a César. Los artistas no son como los demás hombres: son bastante más estúpidos. La cantidad de ilusión que todos podemos poner en una mujer está en ellos mediatizada por otras ilusiones que, desde luego, valen menos que la mujer que menos valga. Para un hombre normal el amor de una mujer, el bienestar de una familia, la tranquilidad de un hogar, constituyen el sumum de las aspiraciones, el compendio de todos los ideales. ¡Ahí es nada, encontrar una compañera digna, criar unos hijos buenos y sanos y ganar para ellos un poco de dinero!... Pero para los artistas esas son cosas un poco secundarias, al lado del deseo infinito de algo que jamás consiguen, un deseo que parece así como que subraya sus vidas con una línea de honda tristeza. ¿No ha notado usted que todos los artistas son tristes? Pues es por eso. Y yo he comprobado, además, una cosa: que las mujeres de los artistas acaban por ser mujeres tristes también; tal vez cuando se dan cuenta de que no son dueñas del corazón de su marido y ven que tienen que luchar en él con vanidades ridículas, con egolatrías y con anhelos de gloria que en ocasiones no llega ni en el más allá de la vida.

AMALIA.—Todo eso es muy cierto, pero descendamos un poco y contésteme: ¿por qué se casó César conmigo? ¿Fué por el dinero?

GEMELO.—No.

AMALIA.—Creo lo mismo. Si su móvil hubiera sido el dinero, ahora, al poder disponer de él, sería feliz.

GEMELO.—Evidente.

AMALIA.—¡Y no quiere nada, no pide nada, no consiente intervenir en nada que se relacione con mi fortuna!

GEMELO.—Delicadezas...

AMALIA.—Sin duda.

GEMELO.—Busquemos otros motivos.

AMALIA.—¿Influiría en su ánimo los beneficios que yo hacía

onstantemente a los suyos y el deseo de redimirlos para empre?

GEMELO.—De seguro. Y como la gratitud no es semilla que ructifica en todos los corazones, eso diría mucho en favor de su ondad.

AMALIA.—De su bondad, sí; de su cariño hacia mí, no. Yo ienso muchas veces si al verme tan enamorada de él tuvo comasión de mí y...

GEMELO.—Y si así hubiera sido, que, ¡quién sabe!, ¿podría ıortificarle esa consideración? El hombre que compadece a una ıujer está muy próximo a quererla.

AMALIA.—Tal vez.

GEMELO.—Yo creo, Amalita, que en la decisión de César ıubo un poco de todo eso. y que ahora...

AMALIA.—*(Afanosamente.)* ¿Ahora qué? Diga...

GEMELO.—Ante todo, ¿qué concepto tiene usted de él?

AMALIA.—¡Oh! ¡El mejor; el más elevado! César es el más ›ueno y el más caballeroso de los hombres. No es capaz de daıar a nadie. y menos a mí, que sabe que lo adoro. Creo sinceramente que se aborrecería si alguna vez faltara a sus deberes, y desde luego, lo creo incapaz de utilizar mi dinero, no digo va para divertirse, ni siquiera para darse buena vida.

GEMELO.—Esa es también mi opinión: y ahí va un hecho ıue la comprueba. Días pasados, doliéndose de la muerte de don Eligio y de lo difícil que está para los pintores el mercado español, me dijo que deseaba vender bien uno de sus cuadros para hacer un viaje a América y quitarse de aquí durante los meses de la exposición de pinturas. Yo le contesté: ¿por qué no se lo propones a Amalia? "Es que quiero ir sin ella—añadió—, y no me parece digno disponer del dinero de mi mujer para alejarme de su lado.

AMALIA.—¿Eh?... ¿Alejarse de mí?... ¿Cómo se explica usted?...

GEMELO.—No sé; no me pregunte.

AMALIA.—*(Temerosa de preguntarlo.)* ¿Otra mujer, quizás?

GEMELO.—¡No!

AMALIA.—¿Aquella Sara Murillo?...

GEMELO.—¿Quén se acuerda de eso? Se retiró del teatro y se casó con aquel banquero...

AMALIA.—Es que ayer... ha recibido una carta de ella.

GEMELO.—*(De una pieza.)* ¿Eh? ¿Qué me dice usted?

AMALIA.—A él le gusta que, mientras se desayuna, le lea yo la correspondencia.

GEMELO.—Eso le indica que no tiene nada que ocultar...

AMALIA.—Y ayer, una de las cartas era de ella.

GEMELO.—¿Qué decía?

AMALIA.—No la leí; al mirar la firma se la di sin leerla. El extrañado, la tomó; al ver la letra hizo un gesto de desagrado y sin leerla, la rompió y la tiró. Luego... *(Pausa.)*

GEMELO.—Eso que calla usted será, de seguro, lo más interesante. Luego... ¿qué?

AMALIA.—Hacía muchas mañanas que, al separarse de mí para subir al estudio, no me besaba, y ayer me besó. *(A un gesto complaciente de* GEMELO.) ¡Hubiera preferido que no lo hubiese hecho! No es así como se besa cuando se quiere; se besa así... cuando se quiere complacer.

GEMELO.—¡Bah!

AMALIA.—¡César ha perdido la poca ilusión que había puesto en mí! ¡No me quiere! ¡No tengo para él el atractivo necesario! ¡¡No le gusto!!

GEMELO.—¡Criatura!

AMALIA.—¡Y contra eso no hay nada! ¡¡Nada!!

GEMELO.—¡Ya lo creo que hay!

AMALIA.—¿Eh?

GEMELO.—¡La bondad! La bondad, que atrae más que todas las bellezas. La bondad, Amalita, que es el arma que al cabo hace a las mujeres invencibles y dominadoras. ¡Ay si todas las mujeres contestaran a la ira con la humildad, a la acritud con la sumisión y al desprecio con la solicitud!... Si César se casó con usted porque veía en usted una santa y esa santidad de usted le cautivaba y le deslumbraba, si continúa usted siéndolo, seguirá usted cautivándole y deslumbrándole.

AMALIA.—¿Usted cree?

GEMELO.—Estoy seguro. No le preocupe que haya en él ahora un poco de cansancio o de fatiga. Adivine sus gustos y satisfágalos sin esperar a que él los manifieste, que ante el cariño, el sacrificio y la bondad de una mujer, hasta los hombres más malos se rinden y se entregan, y César, lejos de ser malo, es un hombre de corazón.

AMALIA.—*(Levantándose.)* Sí; tiene usted razón. Seguiré su consejo; y ahora mismo... *(Hace sonar un timbre. Consultando su reloj.)* Sí; aun estará Aguirre en el Español de Crédito...

HELISEBARDA.—*(Por el foro.)* ¿Llamabas?

AMALIA.—Un sombrero y un abrigo; pronto.

HELISEBARDA.—En seguida. *(Mutis por la derecha.)*

AMALIA.—¡Qué poco trabajo me costarán siempre los sacrificios que haga por él! Por conseguir verle dichoso, daría con gusto cien vidas que tuviera. No creo que haya habido en el mundo una mujer más enamorada de su marido!

GEMELO.—Ni más consciente de su cariño tampoco.

HELISEBARDA.—*(Entrando en escena con un sombrero y un abrigo.)* Toma. *(Le ayuda a ponérselos.)* ¿Has pedido el coche?

AMALIA.—No voy más que al Español de Crédito; tomaré un taxi. Hasta ahora; vuelvo inmediatamente. *(A* GEMELO, *muy confusivamente.)* ¡Gracias!

GEMELO.—¿Pero?...

AMALIA.—Quiero que emprenda ese viaje que desea cuanto antes y voy por los medios necesarios. *(Muy conmovida.)* Guzmán el Bueno que va por el puñal. *(Mutis por el foro.)*

GEMELO.—¡Es única en el mundo!

HELISEBARDA.—¡Y que lo diga usted! ¡Caramba, qué lástima!... Va al Banco y no le he dicho que preguntara lo que debo hacer con el importe de unos valores que me han resultado amortizados. *(Gesto admirativo de* GEMELO.) ¡Entiendo tan poco de finanzas!...

GEMELO.—¿Es mucha cantidad?...

HELISEBARDA.—Poco; veintiún mil pesetas. *(Nuevo gesto de* GEMELO.)

GEMELO.—Compre usted "Chades".

HELISEBARDA.—Tengo.

GEMELO.—(¡Mi madre!) ¿Y "Metros" o "Guindos"?

HELISEBARDA.—Tengo también. *(Nuevo gesto de asombro de* GEMELO.)

GEMELO.—¡Vaya hucha!...

HELISEBARDA.—Sí...

GEMELO.—¿Y "explosivos"?

HELISEBARDA.—Me dan miedo.

GEMELO.—Y a mí.

HELISEBARDA.—Ya veremos lo que me aconsejan...

GEMELO.—Yo no tengo otros bienes que mi sueldo del Estado, amiga Helisebarda. Mi primer padre, Euforión de Jonias, gastó su fortuna allá en Atenas en buenas obras, y Casimiro Pagola, mi padre reciente, hizo otro tanto en Mieres del Camino.

HELISEBARDA.—Pues yo dispongo de algo, porque apenas si gasto nada de mi sueldo y porque la madre de Amalita me dejó al morir sesenta mil duros.

GEMELO.—(¡Ordago!)

HELISEBARDA.—Pero el dinero no tiene importancia para

mí, amigo don Gemelo. Son otras cosas las que me llaman atención.

GEMELO.—Por cierto, querida Helisebarda, que deseaba e contrarme a solas con usted para contarle algo muy inter sante.

HELISEBARDA.—*(Curiosísima.)* ¡Ay, dígame, por Dios! ¿Qu es ello?

GEMELO.—Que ayer, en el Ateneo, hablé con don Crédulo Rica, ese escritor que es hoy el as de la teosofía contemp ránea.

HELISEBARDA.—¿La Rica?...

GEMELO.—Ese que firma con el pseudónimo de "Voconi Postumio".

HELISEBARDA.—¡Oh! ¡Sí! ¿Y qué? Cuente, cuente.

GEMELO.—Charlamos de reencarnaciones, le hablé del cas de usted... *(A un gesto de* HELISEBARDA.) Sin nombrarla, p supuesto. Le dije que se trataba de una amiga mía, queridísim mujer de una luminiscencia deslumbrante y de una simpat avasalladora.

HELISEBARDA.—*(Complacidísima.)* ¡Me enfavoreció!

GEMELO.—*(Rendidamente.)* ¡La enjusticié!

HELISEBARDA.—¿Y qué?

GEMELO.—Pues me dijo que el modo de castigar los excesc y violencias de los guerreros anteriores a la Era cristiana, co sistía en su reencarnación en mujeres de la época actual, y qu si en estas reencarnaciones no daban muestras de un acendr do feminismo, eran castigados a reencarnar de nuevo en an males de las especies más humildes.

HELISEBARDA.—¡Qué horror!

GEMELO.—Me dijo que, merced a revelaciones hechas r cientemente por el filósofo ateniense Diógenes Apoloniata, espíritu de Publio Cornelio Escipión, que vivió a comienzc de siglo en el enteco cuerpo de una sufragista inglesa, anid ahora en la inmunda grasa de un cerdo de raza extremeña qu obtuvo, aquí en Madrid, un segundo premio en la última e posición de ganados.

HELISEBARDA.—¡Un cerdo Escipión Emiliano!

GEMELO.—¡Y un segundo premio nada más! Yo le dije Voconio Postumio: ¿Qué debo aconsejar a mi querida amig Viriato? Y él me repuso: Que sea muy mujer, muy femenina que limpie su espíritu de erudiciones y filosofías; que abra s corazón a los efluvios de la naturaleza; y si es soltera aún, qu llame al amor y se entregue rendida.

HELISEBARDA.—*(Temblorosa.)* ¡Don Gemelo!

GEMELO.—*(Persuasivo.)* Ese don, Helisebarda, le quita al emelo el brillo de la amistad. Gemelo, a secas, aunque no tan secas, que no se note al pronunciarlo un poco de dulzura.

HELISEBARDA.—*(Derretida.)* ¡Por Dios!

GEMELO.—Me gusta. Tiene chades, tiene metros, tiene guinos...) *(Señalando sus curvas.)*

EULOGIA.—*(Con* SARA, *por la puerta del foro.)* Pase usted.

HELISEBARDA.—¿Eh?...

GEMELO.—*(Que no da crédito a lo que ve.)* ¿Qué?

SARA.—*(Que viene deslumbrante de belleza y de elegancia.)* uenas tardes.

HELISEBARDA.—Buenas tardes.

GEMELO.—*(Estupefacto.)* ¿Pero?...

EULOGIA.—*(A* HELISEBARDA.) Esta señora, desea que se avise l señor.

HELISEBARDA.—Puede, si gusta, subir al estudio...

SARA.—No; están allí los modelos y deseo hablarle reseradamente.

GEMELO.—Es que...

SARA.—Pueden avisarle sin temor alguno; me espera.

HELJSEBARDA.—Suba usted, Eulogia.

GEMELO.—Si él ha de bajar convendría que alguien quedae allí vigilando.

HELISEBARDA.—Sí, aguarde; yo iré. *(Saludando a Sara.)* Buetas tardes.

SARA.—Buenas tardes. *(Se van por el foro* HELISEBARDA *y* EULOGIA.)

GEMELO.—¿Qué es esto, Sara? ¿A qué vienes aquí?

SARA.—¿Y a ti qué te importa?

GEMELO.—¿Es que has perdido el juicio?

SARA.—Puede.

GEMELO.—¿Y tu marido?

SARA.—¡Bah!

GEMELO.—¿Pero cómo te atreves a venir a esta casa?...

SARA.—Ya comprenderás que cuando vengo es porque puelo venir.

GEMELO.—¿Pero es que quieres perderte y perderle?...

SARA.—Mira, métete en tus asuntos y deja en paz a los demás. Nadie te ha dado vela en este entierro.

GEMELO.—¿En cuál? ¿En el de quién? ¿En el tuyo, en el suyo o en el de esta pobre mujer que cree, como yo creía, que su marido es una persona decente? ¡Como si hubiera en el mundo un sólo hombre que tuviera vergüenza!

SARA.—Por ahí no vas mal.

GEMELO.—¿Qué es lo que te propones?...

CÉSAR.—*(Por el foro.)* ¿Eh? ¡¡Sara!! *(Queda estupefacto*

SARA.—*(Acercándose a él, un poco temerosa.)* ¡César!...

CÉSAR.—*(A* GEMELO.) Déjanos.

GEMELO.—Ya estaba en ello.

CÉSAR.—*(Deteniéndole.)* Busca a Amalia y...

SARA.—No es necesario; tu mujer ha salido.

CÉSAR.—*(Extrañado.)* ¿Eh?

SARA.—Por eso estoy yo aquí. Acechaba desde el restaura de ahí enfrente, la vi salir y vine en tu busca.

GEMELO.—*(A* CÉSAR.) Si no me mandas nada...

CÉSAR.—No te vayas; aguárdame en la biblioteca. *(A u gesto de resistencia de* GEMELO.) ¡Te lo suplico!

GEMELO.—Está bien. *(Mutis por la puerta de la izquierda.*

CÉSAR.—¿Te has vuelto loca, Sara?

SARA.—Sí. Ya te dije en la última carta que te escribí, que no te la mandé al Círculo como las otras, sino aquí, a t misma casa, que puesto que no querías contestarme ni ir verme, vendría yo en tu busca arrostrándolo todo.

CÉSAR.—No leí tu carta.

SARA.—¿Eh?

CÉSAR.—La rompí sin leerla.

SARA.—¡¡César!!

CÉSAR.—Eso te indica, por lo menos, mi deseo de vivi tranquilo y sin complicaciones de ninguna clase.

SARA.—*(Sin creerle; sonriendo muy dueña de sí.)* ¿No quie res nada conmigo?

CÉSAR.—¡Nada!

SARA.—¡Mírame a los ojos!

CÉSAR.—*(Rehuyéndola.)* ¡Déjame!

SARA.—¿Temes ver en ellos el mismo cansancio y la mis ma tristeza que yo veo en los tuyos, o que yo vea en los tu yos el mismo deseo que hay en los míos? *(Pausa.* CÉSAR *s sienta y oculta la cabeza entre las manos.)* ¡Me da tanta lás tima de ti como de mí misma! *(Nueva pausa. Se sienta a su lado.)* Los dos hemos equivocado nuestro camino, César. Tú por bueno, sacrificándote sin ilusiones al cariño de una mu jer; yo, por ambiciosa, uniéndome sin cariño a la pasión cas senil de un pobre hombre. Pero la vida no es eso; la felicidad no está en que nos quieran, sino en querer nosotros. Más dis fruta el que quiere, aunque no sea correspondido, que el que se limita estúpidamente a dejarse querer. ¡Y yo quiero que- rer, César! Yo estoy cansada de que me quieran; y este can- sancio mío busca una alianza en el tuyo, ya que fuiste tú lo

que yo sacrifiqué al casarme con mi marido y fuí yo a lo que tú renunciaste al casarte con tu mujer.

CÉSAR.—¡Sara!

SARA.—¡Mírame ahora!... Bastante nos hemos aburrido ya. ¿No crees tú lo mismo?

CÉSAR.—Es que nuestro deber...

SARA.—Nuestro deber es vivir y no morirnos de tedio y de asco.

CÉSAR.—¿Pero...?

SARA.—Comprendo tus temores; pero no te preocupes: tengo muy bien estudiado lo que debemos hacer. No he de exponerte a un escándalo, ni mucho menos complicarte en el que yo voy a dar forzosamente; porque estoy dispuesta a volver al teatro, contra la voluntad de mi marido. ¡Me ahoga el ambiente burgués en que vivo! ¡Yo no sirvo para esto!

CÉSAR.—Bueno; pero...

SARA.—Verás. Yo me marcho esta noche con mi marido a París. El tiene que permanecer allí dos semanas con motivo de no sé qué consejos de administración. El lunes, so pretexto de ir a ver a mi hermana, que está en Londres haciendo unas películas, saldré a las once de París para estar en Dover a las cinco de la tarde. Espérame en Dover a esa hora, César; espérame allí, y en vez de internarnos en Inglaterra embarcaremos para el puerto de América que gustes. ¿Quién ha de saber que vas conmigo? Más adelante, en Buenos Aires o en Méjico, donde tú prefieras dejarme, intentaré volver al teatro, y hasta entonces, durante ese tiempo, que durará... lo que tú quieras que dure, nos indemnizaremos de todo cuanto nos hemos aburrido.

CÉSAR.—*(Débilmente.)* Calla, Sara; no me vuelvas loco...

SARA.—Aceptas, ¿verdad? No me obligues, para convencerte, a decirte todo lo que te quiero y todo lo feliz que vas a ser a mi lado.

CÉSAR.—*(Como antes.)* ¿Pero cómo justificar...?

SARA.—¿Puede extrañar a nadie que un gran artista como tú quiera asomarse un poco al mundo para abrirse nuevos mercados?... Lo han hecho ya muchos pintores. *(Persuasiva.)* ¡César!... ¡Si tienes tantos deseos como yo!... ¡Más deseos que yo!... ¡Dime que irás!

CÉSAR.—¡Sí!

SARA.—¡César!

CÉSAR.—Déjame ahora.

SARA.—¿No te arrepentirás?

CÉSAR.—¡No! El lunes, en Dover, a las cinco.

SARA.—A la llegada del barco que corresponda al tren de la flecha de oro.

CÉSAR.—¡Allí estaré!

SARA.—*(Amorosísima.)* ¡César!...

CÉSAR.—*(Idem.)* ¡Adiós, Sara!...

SARA.—¡Adiós! *(Mutis de* SARA *por el foro, diciéndole a media voz:)* ¡Hasta el lunes! *(Se va.)*

CÉSAR.—*(Tras una breve pausa y como queriendo contestar a sus propios pensamientos.)* ¡Sí! ¡Iré! Será una canallada, pero... ¡qué importa! *(Hace sonar un timbre.)* Tiene razón. Yo tampoco puedo más, y ella... ¡¡Iré!!

EULOGIA.—*(Por la puerta del foro.)* ¿Señor?...

CÉSAR.—Al señor Pagola que haga el favor de venir. Está en la biblioteca.

GEMELO.—*(Apareciendo por la izquierda.)* ¿Llamabas?

CÉSAR.—*(Haciendo a* EULOGIA *un ademán para que se retire.)* Nada entonces. *(Se va* EULOGIA *por el foro.)*

GEMELO.—Tú dirás.

CÉSAR.—*(Mirándole fijamente.)* ¿Has oído?...

GEMELO.—*(Con energía.)* Sí; tus últimas palabras sobre todo.

CÉSAR.—Entonces...

GEMELO.—¿Qué vas a hacer, César?

CÉSAR.—¿No dices que lo has oído? Llégate a los coches-camas y que me reserven un singler para mañana en el sud-exprés en combinación con los rápidos Hendaya-París y París-Calais.

GEMELO.—Vuelve en ti, César; reflexiona.

CÉSAR.—Déjate de reflexiones. ¡Vuela! En cuanto al dinero, diré al administrador que me adelante...

GEMELO.—No tienes que decirle nada a nadie.

CÉSAR.—¿Eh?

GEMELO.—Hace un momento, y creyendo hacerte un favor, hablé con Amalia de tu deseo de ir a América, y la pobre, que sólo sueña con verte contento, ha ido a no sé qué Banco a preparar los medios necesarios para que puedas emprender el viaje cuando quieras.

CÉSAR.—¡Eres un ángel, querido Gemelo!

GEMELO.—¡¡Yo!! ¿Verdad? ¡Yo! *(Rumor de voces.)* Mira, aquí la tienes.

AMALIA.—*(Entrando por la puerta del foro.)* ¡Hola!... *(Al ver a* CÉSAR.) ¿Tú aquí? ¿Qué milagro es éste?

CÉSAR.—Ya ves.

GEMELO.—*(A* CÉSAR.) Bueno; voy a eso.

CÉSAR.—Primero, sube y di a los modelos que pueden marharse. No tengo hoy ganas de trabajar.

AMALIA.—*(Que se ha quitado el sombrero y el abrigo.)* ¡Hombre, gracias a Dios!

GEMELO.—Muy bien. Y luego iré a... a eso.

CÉSAR.—Sí, sí; a eso, a eso. ¡No tienes que recalcarlo tanto!

GEMELO.—Es que podías haber variado de opinión...

AMALIA.—*(Intrigada.)* ¿Eh?

GEMELO.—*(A* AMALIA.) Son cosas nuestras. *(A* CÉSAR.) Mi ompañero Platón decía que las cosas sensibles no están ni un ólo instante en el mismo estado de cantidad y de cualidad; ue son como cantidades a las que estuvieran variando consntemente la última cifra. ¿Tú tienes el mismo número?

CÉSAR.—Sí, el mismo. ¡El mismo!

GEMELO.—*(Ya en la puerta del foro.)* Es verdad; veo que no ales del ciento.

CÉSAR.—¿Eh?

GEMELO.—*(Haciendo mutis.)* Hasta después. Subiré, y luego ré a... eso. *(Mutis.)*

AMALIA.—*(Riendo.)* Es muy simpático y muy bueno.

CÉSAR.—¡Y muy posma!

AMALIA.—Bueno, hombre; no sabes lo que me alegra el poderte coger así, a mi gusto, para ajustarte una cuenta muy esrecha.

CÉSAR.—¿Eh?

AMALIA.—¡Parece mentira, César! ¿Y eres tú la persona a quien yo quiero más en el mundo? ¿Es ésa la confianza que yo e inspiro? ¿Qué idea tienes de mí y de ti mismo?

CÉSAR.—No sé a lo que te refieres...

AMALIA.—¿Es posible que teniendo tú un deseo, sea el que uere, no te atrevas a decírmelo? ¿Es posible que llegue tu delicadeza hasta el extremo de ofenderme? *(A un gesto de* CÉSAR.) Sí, de ofenderme; porque es una ofensa el suponer en mí un egoísmo que estoy muy lejos de sentir.

CÉSAR.—Vuelvo a decirte, Amalia, que no sé lo que quieres darme a entender. Háblame con claridad: ¿a qué aludes?

AMALIA.—A tu falta de confianza conmigo; a tu proceder, que es... hasta ridículo a fuerza de mirado y de correcto. ¿A santo de qué tienes que desear la venta de ningún cuadro tuyo a fin de proveerte de dinero para emprender un viaje, solo o con quien te dé la gana?

CÉSAR.—¿Eh?

AMALIA.—¡Por Dios santo, César! Tú no tienes derecho a decir eso, ni siquiera a pensarlo. Tú eres el amo de esta casa

y el dueño absoluto de cuanto a mí me pertenece. Tú aquí, puedes hacer y ordenar sin tener que dar cuenta a nadie de lo que hagas ni de lo que ordenes. Todo cuanto hay aquí es de tu propiedad; el dinero es tuyo, ¡sólo tuyo!, y mi voluntad es tuya también.

CÉSAR.—¡Amalia!

AMALIA.—Tú puedes ir, cuando quieras, adonde quieras, y yo me quedaré aquí aguardando tu vuelta, con la vida como en suspenso, porque eres tú mi vida.

CÉSAR.—¡Calla!

AMALIA.—Tú me dices ven, y voy; me dices aguarda, y espero; y no te preguntaré nunca ni porqué me llevas ni porqué no voy, porque yendo o quedándome no habrá en mí otro deseo que el de obedecerte para agradarte. ¿Que quieres viajar y conocer nuevos países? Nada más natural. ¿Que quieres ir sin mí para dedicarte más enteramente a tus trabajos y a tus estudios? Pues ve, tonto; que Dios y mi pensamiento te acompañarán siempre. Pensando en lo que tú disfrutes, disfrutaré yo tanto como tú. ¡Tú no sabes cómo yo te quiero, César! ¡Me has hecho tan feliz! ¡Te estoy tan agradecida!...

CÉSAR.—*(Conmovido.)* ¡Amalia!

AMALIA.—Además, que en estos momentos no podría acompañarte, aunque tú me quisieras llevar. Va a casarse tu hermana y quiero ayudar a tu madre a preparar la boda.

CÉSAR.—¡Qué buena eres!

AMALIA.—¡Qué tontería de bondad!... No es bondad, es cariño. Mira, he estado en el Banco para ver la cuenta de dólares y de libras que teníamos allí y toma. *(Le da unos papeles.)* Aquí tienes una nota... Pueden extenderte mañana, y por la suma que quieras, una carta de crédito para los países que desees visitar. A Dios gracias, somos muy ricos, César, y todo es tuyo, ¿lo oyes bien? No me cansaré nunca de repetírtelo: todo es tuyo. ¡¡Todo para ti!! Puedes gastarlo, tirarlo, hacer lo que se te antoje, y si algún día me dijeras: "Lo he gastado todo; no nos queda nada", yo te contestaría: ¿Nada, y estoy oyéndote hablar a mi lado?

CÉSAR.—*(Conmovido.)* ¡Amalia!... Déjame un momento, te lo suplico. Me has conmovido. Quiero irme y oyéndote no sabría separarme de tu lado.

AMALIA.—¡Eso, no! ¡¡Eso, no!! *(Separándose de él y disponiéndose a hacer mutis por la derecha.)* Tu gusto antes que nada; tu capricho lo primero de todo. ¡Como si nada te hubiera dicho! ¡Nada te he dicho!... Es decir, te he dicho una sola

osa, César de mi alma: ¡¡¡Todo para ti!!! *(Se va. César queda planado, confundido y abismado. Pausa. Rumor de voces. Se ye hablar a Magdalena y a Paulina.)*

MAGDALENA.—*(Dentro.)* Que avisen por teléfono al señorito ias.

PAULINA.—*(Idem.)* Sí, y a papá, que creo que está con él.

(Entran en escena por el foro MAGDALENA *y* PAULINA, *en plan le viajeros, con* EULOGIA, *que transporta unos sacos de mano,* HELISEBARDA *y* GEMELO. EULOGIA *hace mutis por la puerta de la erecha, llevándose los maletines.)*

MAGDALENA.—¡César!

CÉSAR.—*(Abrazando a Magdalena.)* ¡Madre!... *(Abrazando espués a Paulina.)* ¡Chiquilla!... Tú de primera, ¿no?

PAULINA.—Ya me ves. ¡Magnífica!

CÉSAR.—*(Contemplándola.)* Es verdad.

MAGDALENA.—¿Y Amalia?

CÉSAR.—Acaba de marcharse de aquí. Debe estar en su uarto.

MAGDALENA.—¡Qué felicidad nos has traído con ella, hijo mío! Cuánto le debemos!

PAULINA.—¡Ya lo creo!

GEMELO.—Hay para besar por donde ella pise.

MAGDALENA.—Sí, señor. *(Conmovida.)* ¡Que Dios le conceda odas las venturas que yo pido para ella diariamente!

GEMELO.—Amén. *(Con las intenciones de un miura, a César.)* Ahora me llegaré a... a eso.

CÉSAR.—*(Sin inmutarse.)* ¿Cerraste el estudio?

GEMELO.—Sí; toma la llave. *(Se la da.)*

HELISEBARDA.—Les parecerá a ustedes mentira estar ya de vuelta definitivamente.

PAULINA.—¡Figúrense ustedes!

MAGDALENA.—Y eso que en el campo lo hemos pasado divinamente. Amalia, como ustedes han visto, se ha cuidado de que no nos faltase nunca nada de nada. ¡Es mucha criatura!

GEMELO.—*(Como antes, a César.)* Ahora me llegaré a eso... *(César no le hace caso.)*

HELISEBARDA.—Por cierto que tengo que decir a Amalita que está aguardándola su ahijado.

CÉSAR.—¿Su ahijado?

HELISEBARDA.—Eso dice él.

CÉSAR.—¿Pero quién es?

HELISEBARDA.—Un muchacho andaluz, muy simpático por

cierto, que ha venido preguntando por ella y que dice que e ahijado suyo. Joselito Espinosa se llama.

CÉSAR.—Pues es la primera noticia que tengo...

HELISEBARDA.—Y yo también.

GEMELO.—*(A César.)* Oye, tú: a ver si es algún fresco... ¡Co nozco a cada punto desde mis tiempos de Atenas!...

MAGDALENA.—*(A César.)* ¿Por qué no te enteras?...

CÉSAI.—Sí. *(A Helisebarda.)* Hágale pasar aquí.

HELISEBARDA.—Me parece muy bien.

CÉSAR.—*(A Gemelo.)* Y pregúntale tú. Yo no tengo humor d nada.

MAGDALENA.—¿Eh? ¿Qué te sucede?

CÉSAR.—Nada, madre.

HELISEBARDA.—*(A* EULOGIA, *que entra en escena por la dere cha y se dispone a hacer mutis por el foro.)* Oiga, Eulogia, hag el favor de traer aquí a ese Joselito Espinosa...

EULOGIA.—Sí, señorita. Acabo de hablar de él con la señora y dice que sí, que ella tiene una idea, y que debe ser uno de cortijo de Casahonda, a quien ella amadrinó siendo muy niña.

MAGDALENA.—¿Dónde está la señora?

EULOGIA.—En el despacho del señor, con el señor adminis trador, que acaba de llegar.

MAGDALENA.—Esperaremos, entonces.

GEMELO.—*(A Eulogia.)* Traiga aquí al pollo ése...

EULOGIA.—Sí, señor. ¡Es un muchacho de una gracia!... *(Vas riendo por el foro.)*

HELISEBARDA.—Sí, hay que reírse con él. A mí, en cuanto m vió, me dijo, como si me conociera de toda la vida: "¡Josú, mir quién está aquí! A usté me la sé yo de memoria."

GEMELO.—¡Caramba!

MAGDALENA.—¡Qué raro!

PAULINA.—¡Me inspira ya una curiosidad!...

GEMELO.—*(Mirando hacia el foro.)* ¡Aquí llega!

EULOGIA.—*(Por el foro, con Joselito.)* Pase usted. *(Le sonrí y se va.)*

JOSELITO.—*(Un muchacho simpaticón, despejado, andaluz d los finos, muy pinturero, con sus botas muy relucientes, su gua yabera de crudillo, su pañolito azul al cuello, su chaqueta d paño y su flamante sombrero ancho en la mano. Todo seguid y muy sonriente.)* ¿Se puede? Adelante y con su permiso. Buenas tardes. ¿Ustedes bien? Ea, pos m'alegro y mandarme.

GEMELO.—¡Caracoles!

JOSELITO.—*(Fijándose en él.)* ¡Anda! ¿Pero es usté? ¡Josú!

(Al ver a Magdalena.) ¿Y usté también? *(Al ver a Paulina.)* ¡Anda y la otra! ¡Tiene age! Na, que me los sé a tos de memoria! *(Asombro de todos.)*

GEMELO.—*(Estupefacto.)* ¡Pues, señor!

HELISEBARDA.—*(Riendo.)* No les dije a ustedes...

JOSELITO.—*(Por Helisebarda.)* Aquí, a Santa Ana, la he visto ya antes, tan güena.

HELISEBARDDA.—¿Eh? ¿Santa Ana?...

CÉSAR.—*(Que empieza a comprender.)* ¿Qué?

GEMELO.—¿Dice usted que es ahijado de la señora?...

JOSELITO.—Sí, señó. Me sacaron de pila ella y su padre, que esté en gloria. *(Señalando un palmo del suelo.)* Dise mi madre que asina era ella de chica: un comino. Pa cogé un tomate der suelo tenía que subirse en una escalera. *(Riéndose él mismo de la gracia.)* ¡Je! ¡Je!...

GEMELO.—*(Imitándole.)* ¡Je! ¡Je!...

JOSELITO.—Yo soy hijo de Frasquita, la casera de Casajonda.

GEMELO.—¡Ah!

JOSELITO.—Allí s'ha quedao la probe, que está fatá de las pierna; fatá, fatá. Y una mijita achará de verme a mí alevantá er vuelo. La infelí hasta ha hecho voto de castidá, de no comé durse en un año pa que a mí no me sargan las cosas malamente. Veremo a ve cómo me salen.

GEMELO.—¿A qué viene usted a Madrid?

JOSELITO.—*(Por Helisebarda.)* Ya se lo he dicho aquí a Santa Ana.

HELISEBARDDA.—¡Y dale!

JOSELITO.—A ve si la madrina tiene influjos pa colocarme en las serisícola de Murcia o de Valencia. Porque yo en Casajonda no trabajaba en el cortijo, sino en la serisícola que hay allí ar lao; y ganaba muy buen jorná. Pero ha llegao un ingeniero extranjero, y m'ha puesto en la calle. Un tío güeso, ¡mardita sea su sangre!, mu estirao y muy aristócrata, porque dicen que es más que marqués, que es... ¡dinamarqués! *(Risas.)* *(Mosca.)* ¿Me he colao?

HELISEBARDA.—No, hombre.

GEMELO.—De manera que un... güeso...

JOSELITO.—Y la señora otro güeso, y dos niñas que tiene, que se pasan er día hablando en inglé, fumando sigarrillos de esos que le disen "Angulas" y bailando, otros dos güesos. Porque yo no he visto una gente que baile más. "Enchofan" el fonético y, arsa. No piensan en otra cosa. El único libro en españó que tienen allí tamién es de lo mismo.

MAGDALENA.—¿De música?

JOSELITO.—De bailá, señora. Un libro de Pérez Gardó, que se llama "Bailen". *(Risas.)*

MAGDALENA.—¡Jesús!

JOSELITO.—¿M'he güerto a colá?

MAGDALENA.—No. hombre, no.

GEMELO.—Y el dinamarqués, ¿por qué le puso a usted en la calle?...

JOSELITO.—Porque es un incurto y no sabe bien el españó. Se le estaban muriendo muchos gusanos de sea por mo der frío; me oyó a mí desí una mañana: "Voy a tomá una copita de aguardiente pa matá er gusanillo", y a la cuenta se creyó otra cosa. *(Nuevas risas.)* ¡Permita Dió que los gusanos le hagan er capullo de argodón! *(Rien.)*

GEMELO.—*(Riendo.)* Tiene gracia...

JOSELITO.—*(Un poco mosca. Por Gemelo.)* Lo que se ríe aquí, don Guisopo...

GEMELO.—*(Cortando en seco la risa y mirando a César.)* ¿Eh? ¿Cómo ha dicho?

JOSELITO.—Don Guisopo o don Napoleón, porque también está usté allí mu marchoso... *(Rumor de voces dentro.)*

GEMELO.—*(Estupefacto.)* ¿Qué dice ese hombre, César?

JULIO.—*(Entrando en escena por la puerta del foro con* BLAS.*)* ¿Dónde están esas campesinas?... *(Abrazando a Paulina.)* ¡Hijita!...

BLAS.—*(Idem a Magdalena.)* ¡Madre!... *(Abraza luego a Paulina.)*

JULIO.—*(A Magdalena.)* ¿Bien el viaje?

MAGDALENA.—Muy bien.

JULIO.—Dice el médico que la curación es total, absoluta.

MAGDALENA.—¡Gracias a Dios... y a ella!

JOSELITO.—*(A Gemelo, por Julio y Blas.)* Los dos que fartaban.

JULIO.—¿Eh?

JOSELITO.—También están allí los dos, y en los sinco cuadros más grandes.

BLAS.—¿Qué dice?

CÉSAR.—*(Secándose el sudor de la frente.)* Algo que...

GEMELO.—Aguarda. *(A Joselito, un poco nerviosamente y en medio de la expectación de todos.)* Usted alude a unos cuadros donde estamos nosotros retratados, ¿no es eso?

JOSELITO.—Sí, señó.

CÉSAR.—¿Y dónde están?

JOSELITO.—Allá en Casajonda. Más de sien hay. Llenitas las aredes der granero y de lo que fué molino d'aseite. ¡Vaya cua-ros! Y er cuido que hay que tené con ellos: que no les dé er) y su tarlatán pa que las moscas no los agravien... *(La emo-'ón de todos es inmensa.)* Dise mi madre que al ama le impor-n más los cuadros que las cosechas. Allí los llevaba don Eligio, · cuñao del administradó...

JULIO.—¡Qué corazón de mujer!

MAGDALENA.—*(A César.)* ¡Hijo mío!... ¡¡Y nos lo ocultaba!!...

GEMELO.—¡Eso es bondad, y delicadeza, y ternura, y... ca-iño. *(Secándose una lágrima. A César, con la voz rota por la moción.)* ¡Ahora me llegaré a... a eso!

AMALIA.—*(Apareciendo en la puerta de la derecha.)* ¿Pero a están aquí?

MAGDALENA.—¡¡Amalia!!

PAULINA.—¡¡Hermana!!

MAGDALENA.—*(Conmovidísima, abrazando a Amalia.)* ¡Hija!...

AMALIA.—*(Extrañada.)* ¿Qué pasa aquí?...

JULIO.—*(Secándose los ojos.)* Nada, que hemos sabido lo de ɔs cuadros...

CÉSAR.—*(Se deja caer en un sillón, se oculta la cara entre ɪs manos y llora.)*

TODOS.—¿Eh?

AMALIA.—¡¡César!!

GEMELO.—*(Interponiéndose.)* ¡Déjele!... ¡Dejadle todos!

AMALIA.—¿Pero...?

GEMELO.—Dejadle conmigo. Yo le acompañaré. Por fortuna, reo que no tengo que llegarme... a ninguna parte.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.—Es de día: a las once y media de la mañana, un día de mayo.

(Al levantarse el telón están en escena BELLA, EULOGIA *y* JOSELITO. BELLA *y* EULOGIA, *en traje de mecánica, limpian cuidadosamente los muebles.* JOSELITO, *que es también criado de la casa, en mangas de camisa y con pantalón y chaleco de uniforme, arregla, subido en una escalerilla de mano, la barra de un portier. Ríen los tres.)*

BELLA.—Eso tiene gracia.

JOSELITO.—Pos es antigüísimo. A ve éste que es también antiguo. ¿Pa dónde iba nuestro Padre Jesú a los catorse año?

ELOGIA.—¡Ay, no sé!

BELLA.—¿Pa dónde iba tú?

JOSELITO.—Pos a los catorse años iba pa los quinse. *(Ríen.)* Sé muchos. Ya veis que en año y medio que llevo en la casa no se m'han agotao.

EULOGIA.—Es verdad.

JOSELITO.—Pero a mí lo que m'hase reí no son los cuentos ni los asertijos, sino las cosas de gracia que pasan.

BELLA.—Como lo que te sucedió a ti la primera vez que te sirvieron angulas, que, como en Andalucía no las hay, creíste que eran gusanos de seda.

JOSELITO.—¡Ojú, qué asco! Hombre, y a propósito de los gusano: ¿Sabéis ustedes lo que le pasó al ingeniero dinamarqué cuando vino a España? Pos se lo voy a contá a ustedes, porque tiene age.

MAGDALENA.—*(Dentro, de mal talante.)* Espera, hombre, es-

pera; voy a ver si se ha despertado el niño. *(Cada uno se aplica a sus quehaceres.)*

EULOGIA.—Malos vientos corren hoy por la mañana.

BELLA.—Sí; entre lo de la ida a la Presidencia y lo de la votación de las medallas...

MAGDALENA.—*(Entrando en escena por la puerta de la izquierda.)* El señor, ¿está en el estudio?

EULOGIA.—Sí, señora.

MAGDALENA.—¿Ha venido el señorito Blas?

EULOGIA.—No, señora.

MAGDALENA.—¿Y la señorita Paulina?

BELLA.—Esa, sí, señora. Vino con su marido; él se volvió a marchar, porque tenía que llegarse no sé adónde; y ella entró en el cuarto del niño y dijo que iba a estar con él mientras la señora se desayunaba y doña Helise volvía de la iglesia.

MAGDALENA.—Perfectamente. *(En alta voz, hacia la izquierda.)* Julio, que voy con el niño... *(Al hacer mutis por la izquierda le dice a* JOSELITO:) ¿Qué hace usted ahí encaramado?

JOSELITO.—Cogiendo níos de gorriones.

MAGDALENA.—(¡Qué poco respeto tiene este gaznápiro!...) *(Vase.)*

EULOGIA.—¡Está chocha con el nieto!

BELLA.—Ella y todos. Porque hay que ver a la madre.

JOSELITO.—Pos ¿y al padre? Ese sí que está majareta.

BELLA.—Ya lo creo. Le ha hecho ya tres retratos: con la madre, con la abuela y con don Gemelo vestido de Solón, que parece un ama de cría en deshabillé.

EULOGIA.—La verdad es que el chiquillo es precioso.

JOSELITO.—¡Lástima que l'haigan puesto Tadeo! Eso no se hase con una criaturita que no se puede defendé.

EULOGIA.—Si es que el abuelo tenía ese nombre.

JOSELITO.—¿Y no han escarmentao, habiendo visto ya una desgrasia así en la familia? *(Bajando de las escaleras.)* Esto está ya arreglao.

BELLA.—*(Que está por* JOSELITO *que se bebe los vientos; muy cerca de él, dándole con el codo y muy insinuante.)* Escucha, Joselito: ¿Y qué fué lo que le pasó al ingeniero?...

JOSELITO.—Ah, pos na; si en medio de tó es una tontería. Que cuando vino a España, se instaló en Barcelona, frente a una mansana de casas que estaban derribando por mó del ensanche, y estuvo tres meses tragando porvo. Aluego se trasladó a Sevilla y, también por el ensanche, le derribaron las tres casas de enfrente y dos de ar lao, que estaba el tío de porvo hasta la coro-

lla; y cuando llegó a Casajonda don Manué Ruí, un ricacho de lá, que tiene cortijos y ganaderías, le dijo, por halagarle: "Mana va usté a vení cormigo al campo, le enseñaré los toros y usté a ve una faena que no ha visto nunca: va usté a ve deibá." Y el ingeniero le arreó un guantazo que lo dobló. *(Rien. ortan la risa al ver entrar en escena a* Don Julio. Don Julio *iene en mangas de camisa o en pijama, con botas de charol, ntalón de vestir, chaleco de fantasía, corbata de plastrón y ello de pajarita.)*

Julio.—¿Hay buen humor, eh? Pues yo estoy que echo las uelas. *(Se dirige al teléfono y llama.)* A ve si está ya en la icina don Filomeno... (Joselito, Bella *y* Eulogia, *muy serios, omienzan a poner los muebles y los cacharros en su sitio y a coger los aparatos de limpieza.)* ¿Ministerio de Economía? Está el señor Baeza?... Dígale que se ponga al aparato de parte el señor Caracena... *(Queda escuchando.)*

Diego.—*(Entrando por el foro con unos periódicos.)* ¡Vaya otografías que traen del cuadro de don César estos periócos!...

Joselito.—*(Siseándole e indicándole la presencia de* Julio.) Que te cuelas, Pilato. (Bella *y* Eulogia *sofocan la risa.)*

Diego.—*(Deja de mala manera sobre una mesa todos los peódicos, menos "La Voz", se acerca a* Joselito, *se coloca el peódico a guisa de biombo para que* Julio *no le vea y le dice a* oselito *por lo bajo y con ira reconcentrada:)* ¡A ti te voy yo a isar un callo!

Joselito.—*(Chungón.)* ¡Calla!

Diego.—Y ahora en la cocina te voy a decir muy en alto...

Joselito.—¿Muy en alto?

Diego.—*(Comiéndoselo.)* ¡Muy en alto!

Joselito.—Pues anda, llévate la escalera. (Bella *y* Eulogia, *ue se han acercado, vuelven a sofocar la risa.)*

Julio.—*(Al aparato.)* ¿Eh?... ¿Quién?...

Diego.—*(Levantando, amenazador, la mano con el periódio.)* ¡Maldita!...

Joselito.—*(Por el periódico.)* No alces *La Voz,* que nos van oír...

Bella.—*(Mirando a* Joselito *entusiasmada.)* (¡Me tiene loca!)

Julio.—*(Al aparato.)* ¿Don Filomeno?... Una consulta, y used me perdone... Que voy a ir ahora a dar las gracias por mi scenso a jefe de Administración, y no sé qué guantes debo llear con el chaquet... ¿Eh?... ¿Qué?... ¡Anda, morena!... ¿Enonces hay que ir de levita?... Pero si Pagola, que ha ascendido

también y va a ir conmigo, dice que de chaquet... Claro; es qu él no tiene más que chaquet, y para no desmerecer a mi lado... ¡Qué tío fresco!

DIEGO.—(¡Así reviente!...)

JULIO.—*(Al aparato.)* Sí, todos bien. César, muy preocupado como hoy se votan los premios de la Exposición de pinturas... ¡Ojalá! ¡Oh! ¡El chiquillo es un encanto!... ¡Figúrese usted: e primer nieto!... Sí. Pronto habrá otro del otro matrimonio.

BELLA y EULOGIA.—*(Intrigadísimas.)* ¿Eh?...

JULIO.—*(Al aparato.)* Paulinita llegó anoche de Burgos co su marido, y parece que..., por lo menos, el queso no lo digier bien desde hace unos días.

JOSELITO.—¡Eso tiene salero!

JULIO.—*(Al aparato.)* Bueno, adiós. Y muchas gracias... Adiós. *(Deja el aparato. Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.)* A ver dónde está la levita...

MAGDALENA.—*(Por la derecha; bastante nerviosa.)* Julio...

JULIO.—*(Deteniéndose.)* Resulta que se va de levita.

MAGDALENA.—Déjame ahora de eso; eso no tiene importancia al lado de lo que sucede.

JULIO.—*(Asustado.)* ¿Eh? ¿Qué ocurre?

MAGDALENA.—Que yo le noto al niño un bultito en el cuello.

JULIO.—¿Eh?

BELLA.—¿En el cuello?

EULOGIA.—¡Jesús!

JOSELITO.—¿No será la nué?

JULIO.—¡No me asustes, por Dios! Tal vez sea una seca de las vacunas...

MAGDALENA.—No sé. Paulina también se lo ha notado. Ven, porque Amalia no sabe nada aún.

JULIO.—*(Haciendo mutis por la derecha, con* MAGDALENA.*)* Pues con lo nervioso que yo estoy, no necesitaba nada más que esto... *(Mutis.)*

JOSELITO.—No, si le tiene que pasá argo malo al niño; si eso de Tadeo no pué sé.

BELLA.—¡Qué pena, Eulogia!

EULOGIA.—¡Qué dolor!...

HELISEBARDA.—*(Que ha entrado en escena por la puerta del foro, quitándose el velo y doblándolo.)* ¿Qué pasa?

JOSELITO.—Desgrasias, señora; que le digan éstas.

HELISEBARDA.—*(Asustada.)* ¿Eh?

DIEGO.—Al niño, que le ha salido un bulto en el cuello y parece que está bastante fastidiao.

HELISEBARDA.—*(Asustadísima, gritando y haciendo mutis por derecha a carrera abierta.)* ¡Ay, Jesús!... ¡Dios mío!... ¡Mi ño! ¡Ay, mi niño! *(Vase.)*

JOSELITO.—También tú, compadre, dices las cosas de una anera...

AMALIA.—*(Por la izquierda.)* ¿Por qué gritaba doña Helise?

JOSELITO.—*(Por* DIEGO.) Por causa de este bárbaro, que no be desí las cosas... Na, que salió doña Madalena hace un insnte y dijo que el niño tenía un tumó malino en er cuello, y te se lo ha sampao a doña Helise sin más ni má.

AMALIA.—*(Como loca.)* ¿Un tumor? ¡Ay, Virgen Santa!... Pero cuándo?... *(Se va a la carrera por la derecha.)*

DIEGO.—*(A* JOSELITO.) ¿Serás animal? *(Lo contempla con odio desprecio.)*

JOSELITO.—*(Dándose cuenta.)* Verdá é. ¡M'he colao! ¡Malaya sea!... *(Al ver la mirada de odio de* DIEGO.) ¡Chavó! Me stás mirando lo mismo que miras en el cuadro a don Gemelo, ue disen que es lo que más vale de to. *(Tomando uno de los eriódicos.)* Aquí está escrito al pie de la fotografía. *(Dándole l periódico a* BELLA.) Léelo.

BELLA.—*(Leyendo.)* "En el Areopago: cuadro de César Caacena". *(Contemplando la fotografía.)* Lo bien que estáis los es; don Gemelo es que está hablando; y lo bien que te sienta ti la túnica.

JOSELITO.—De grecio estoy superió.

BELLA.—*(Leyendo.)* Este hermoso cuadro, uno de los que spiran a primera medalla, es un prodigio de composición y e ejecución. La figura de Solón permanece en el centro, entre erístrato...

JOSELITO.—Servidó...

BELLA.—... que le sonríe, y Moncio Tandino, el pérfido aronte que le mira con el más profundo odio. Esta mirada de dio es lo mejor del cuadro.

DIEGO.—Ya supo don César lo que hacía eligiéndome a mí ara modelo del Tandino; porque, es que yo, veo a don Gemelo y... se me funden las bielas. ¡Maldita sea su estampa! El día que se case con doña Helisebarda, le voy a organizar na cencerrada que se van a tener que divorciar!

EULOGIA.—¡Mira que esa pareja!... No sé cuál de los dos ale menos.

BELLA.—En Segovia casó Vivanco, que era tuerto, cojo y nanco. ¡Y engañaron a Vivanco en Segovia! ¿Qué tal sería a novia?

DIEGO.—¡Anoche le he jugado una!...

EULOGIA.—¿A quién?

DIEGO.—¡A don Gemelo!

JOSELITO.—¡Ojú!

BELLA.—¿Qué le has hecho?

DIEGO.—Que como hoy va a la Presidencia a dar las gracia por su ascenso, y el muy gorrón mandó aquí el chaquet y e pantalón para que se los plancharan, se los he planchao yo ¡¡Yo!! Y ya veréis; porque cogí medio kilo de almidón... *(Rumor de voces dentro.)* ¡Cuidao!

CÉSAR.—*(Entrando en escena, por el foro, con* SAMPERIO.) Ahora Blas nos traerá noticias. El Jurado está reunido en Bellas Artes y dicen que la lucha es grandísima, como siempre

SAMPERIO.—No creo que nadie le discuta a usted su primera medalla.

CÉSAR.—¡Uf! ¡Ya lo creo!... *(A* EULOGIA.) ¿Dónde está la señora?

EULOGIA.—Están todos con el niño, porque no sé qué dicen de un bultito en el cuello...

CÉSAR.—¿Eh?

SAMPERIO.—¡Hombre!... *(Haciendo mutis con* CÉSAR *por la puerta de la derecha.)*

CÉSAR.—¿Qué será?

SAMPERIO.—Si es lo que me figuro, no tiene importancia... *(Mutis.)*

EULOGIA.—*(Muy satisfecha.)* ¿Estáis viendo? Así se dicen las cosas.

BELLA.—Eres tú muy sabia.

DIEGO.—Me voy antes de que salgan...

JOSELITO.—Llévate pa allá la escalera.

DIEGO.—¡Que la lleve tu tía!

BELLA.—*(Cargando con ella.)* Trae; a mí no se me caen los anillos por eso.

JOSELITO.—*(Jaleándole.)* ¡Olé las mujeres!

DIEGO.—*(Desde la puerta del fóro.)* Mira qué suerte tienes, hombre.

JOSELITO.—Y yo muy a gustísimo; sí, señó. Y en cuanti que ella reúna sinco mil duros, me caso con ella; eso es. Y pongo una taberna en Casajonda, que es mi sueño. "La sandía" la voy a titulá; pa que to er que entre sarga con su tajá correspondiente. *(Ríen; al ver que entran en escena* JULIO *y* PAULINA, *cortan la risa y se van, por el foro,* DIEGO, *y por la izquierda,* BELLA, EULOGIA *y* JOSELITO.)

JULIO.—Hija mía, tu madre es capaz de asustar, no digo a

ní, al más valiente de España. ¡Qué bulto ni qué calabaza!... El niño no tiene absolutamente nada.

PAULINA.—¡Gracias a Dios!

JULIO.—Anda, sácame la levita, que el fresco ese de Pagola stará al caer.

PAULINA.—Papaíto; ¿no estás nervioso de pensar que vas a pronunciar un discurso?

JULIO.—¡Nerviosísimo! Y temo que se me trabe la lengua y que meta la pata.

PAULINA.—¡Bah!

JULIO.—Para eso soy una calamidad. Cuando los ministros visitaron aquella exposición de arte oriental, que tuve yo que enseñarles las vitrinas, me azoré, y en lugar de decirles: "En esta vitrina hay trozos de vidrieras, armas cortas y largas y unos alfanjes", les dije: "En esta vinagrera hay trozos de vitrinas, armas cartas y lorgas y unos alfajores". *(Ríe* PAULINA.)

BLAS.—*(Entrando por el foro.)* ¿Pero todavía aquí?

JULIO.—La audiencia no es hasta las doce. Y no se va de chaquet, como decía Pagola, sino de levita.

PAULINA.—Escucha, Blas: ¿se sabe algo de las medallas?

BLAS.—Están votándolas ahora mismo. A César lo defienden a brazo partido Nogué, Moratino y Alvear. En cambio, Gómez Humanes... ¿Dónde está César?

JULIO.—Ahí, en el cuarto del niño.

BLAS.—Voy a decirle... *(Mutis por la derecha.)*

JULIO.—Anda, sácame la levita, mujer.

PAULINA.—Sí. *(Mutis por la izquierda.)*

JULIO.—*(Haciendo mutis tras ella y ensayando una reverencia marcadísima.)* Señor... Hondamente presionado... ¡¡Im!! ¡¡Impresionado!! ¡Pues empiezo pronto!... *(Vase.)*

GEMELO.—*(Dentro, tras una breve pausa.)* Bueno, sí; aquí le aguardaré... *(Entra en escena por la puerta del foro. En efecto, le han hecho una jugarreta. El planchado del chaquet es algo grande. En el centro de cada faldón tiene unas rayas pronunciadas, que los faldones parecen cuadriláteros. El pantalón se lo han planchado al revés; es decir, en vez de tener la raya del planchado delante, la tiene a los lados, junto a las costuras, y resulta rarísimo. Este efecto se logra con un armazón de alambre. El resto de la ropa tampoco deja nada que desear. El chaleco es un monumento, y la copa alta parece arrancada de un grabado del año cuarenta.* PAGOLA *viene preocupadísimo. Al entrar se mira, se toca las rayas del pantalón y dice:)* Tal vez humedeciéndolas... Bueno; lo primero que tengo yo que averiguar es si esto ha sido una equivocación o una mala san-

gre, porque si ha sido una mala sangre, va a saber Pilat quién es Barrabás.

EULOGIA.—*(Con un gran cacharro lleno de flores, por l izquierda.)* Buenos días, don Gemelo.

GEMELO.—Buenos días.

EULOGIA.—*(Poniendo el cacharro sobre una mesa y miran do con marcada chunga los pantalones de* GEMELO.) Estas flore citas... *(Se va por la izquierda, mordiéndose los labios para n reírse.)*

GEMELO.—*(Mosca.)* Esa ha venido a verme. Le han dicho: mírale los pantalones que te vas a reír, y la muy borrica ha cogido el primer cacharro que ha encontrado a mano y...

BELLA.—*(Por la izquierda.)* Buenos días, señor Pagola...

GEMELO.—Buenos días.

BELLA.—*(Que no puede tenerse de risa; cogiendo el cacharro que trajo* EULOGIA.) Esa tonta, que no le ha echado agua a las flores... *(Se va por la izquierda, riendo a borbotones.)*

GEMELO.—¿No lo dije? Aquélla le trajo, ésta se lo lleva... *(Al ver a* JOSELITO, *que entra por la izquierda con el mismo cacharro.)* ¡Hombre, a esto no hay derecho!...

JOSELITO.—¡Qué agua ni qué agua!... Estas flores no necesitan agua. Buenos días, señorito. *(Pone el cacharro sobre la mesa.)*

GEMELO.—Al cacharro ése lo van ustedes a marear. *(Rompe a reír* JOSELITO.) ¿De qué se ríe usted?

JOSELITO.—De que está usté sembrao. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* (A perrita gorda la entrá pa verlo y m'hacía yo de oro.) *(Vase.)*

GEMELO.—Y esto es aquí. En la Presidencia me presento yo de esta guisa, se corre la voz, empiezan a desfilar ante mí criados, ordenanzas y empleados y acaban sacándome en hombros.

HELISEBARDA.—*(Por la derecha.)* ¡Gemelo!

GEMELO.—¡Helise!

HELISEBARDA.—¿Eh? ¿Pero qué pantalón es ése?

GEMELO.—Uno que en Holanda puede que resulte elegante; pero aquí, choca. *(Da unos pasos.)* ¡Ya lo creo que choca! Nada, que lo han planchado al revés. Ahora diré que me presten uno cualquiera. Qué, ¿no hay novedad por aquí?

HELISEBARDA.—Ninguna. Un susto que nos dió doña Magdalena porque creyó que el niño tenía un bultito en el cuello... Nada, por fortuna. ¡Estamos todos tan locos con el chiquillo!...

GEMELO.—¡Qué placer debe proporcionar el verse reproducido!... *(Suspira* HELISEBARDA.) ¡Quién sabe, si Dios quiere!...

HELISEBARDA.—*(Ruborosa.)* ¡Por Dios, Gemelo!

GEMELO.—¡Sería algo muy grande: el corazón de Viriato y l cerebro de Solón.

HELISEBARDA.—Acaso sea demasiado tarde. Pongamos todo uestro afecto en este niño por cuya felicidad hemos trabajado anto; tú más que yo, Gemelo; porque a ti deben sus padres, n una gran parte, la felicidad de que gozan. Burla burlando, y ntre los torrentes de simpatía de tu "ahora", ha brillado la abiduría de tu "antes", y tu mano, a un tiempo de cuarenta y ueve años y de veintiséis siglos, ha detenido a César cuando ba a despeñarse.

GEMELO.—Mi mano, no, Helise; la de la Providencia, que quí en este mundo premia y castiga. El premio para ellos ha ido ese niño; el premio para mí has sido tú.

HELISEBARDA.—¡Por Dios!

GEMELO.—Y a propósito de castigos, ¿vino Sara, por fin, ayer tarde?

HELISEBARDA.—¿Eh? ¿Aquí? ¿Pero va a venir aquí?...

GEMELO.—Sí; y Amalia la espera.

HELISEBARDA.—¿Cómo es posible?

GEMELO.—La espera, y confío en que será con ella muy indulgente.

HELISEBARDA.—Yo no lo sería.

GEMELO.—Harías mal.

HELISEBARDA.—¿Tú crees...?

GEMELO.—Nada honra tanto como la indulgencia. El ser más perfecto es el que perdona con tanta bondad como si diariamente cometiera muchas faltas y evita las faltas con tanto cuidado como si no las perdonase jamás.

HELISEBARDA.—¡Bonito!

GEMELO.—De mi niñez en Atenas.

HELISEBARDA.—Y dime: ¿esa mujer...?

GEMELO.—Ahora no inspira más que compasión. Separada del marido, fracasada, enferma, no desea otra cosa que alejarse nuevamente de España, sin esperar a que termine su pleito de divorcio, del que cree que va a salir muy mal parada. Me pidió para irse cierta cantidad; yo no la tenía, hablé del asunto con Amalia, le recordé que Sara había sido la piedra de toque donde ella había probado la lealtad de su marido, y le envió por mi conducto lo que necesitaba. Sara creyó que era César el donante; pero cuando yo le juré que era Amalia, creyendo que aquel dinero era el puente de plata que Amalia le ofrecía, herida en su orgullo, me dijo que quería venir a darle a Amalia las gracias. Yo se lo dije a Amalita, y, ¡lo que sois las mujeres!,

Amalia, en vez de decirme que no quería ni verla, me contestó que la recibiría con sumo gusto.

HELISEBARDA.—Hay juegos peligrosos. ¿César está enterado de esto?

GEMELO.—Ya sabes que Amalia no da un solo paso sin que lo sepa su marido.

HELISEBARDA.—De todos modos...

GEMELO.—Te advierto, para tu tranquilidad, que Sara merece la protección de todos.

JULIO.—*(Con* PAULINA *por la izquierda. Viene de levita y chistera.)* ¿Pero dónde está?... *(Al ver a* GEMELO.) ¿Eh?.. ¡Qué barbaridad!

PAULINA.—*(Riendo.)* No nos habían exagerado.

GEMELO.—¿Eh? ¿Pero ya sabían ustedes?...

JULIO.—Sí, y lo siento muchísimo, amigo Pagola, pero yo no voy con usted de esa manera. Caramba, si parece que va usted a caztar los Molinos de viento. Además, a Palacio se va de levita.

GEMELO.—Entonces, ¿tendré que ir solo?

JULIO.—¡O con Ramper!

GEMELO.—*(Indignado.)* ¿Eh?... ¡Don Julio!

BLAS.—*(Con* SAMPERIO, *por la derecha.)* ¿Qué pasa?

JULIO.—Que miren ustedes cómo quiere ir a la Presidencia

SAMPERIO.—¡Atiza!

BLAS.—¡Mi madre!

MAGDALENA.—*(Por la derecha.)* ¿Quieres algo?

BLAS.—No, nada; que te fijes aquí, en Portago.

MAGDALENA.—¡Jesús!

BLAS.—Lo colitejo y lo campanudo que viene el ateniense.

MAGDALENA.—Si parece que va asomado a una valla... *(Ríen.)*

GEMELO.—¡Vaya! ¿También usted, señora? *(Al ver a* DIEGO, *que entra triunfante y sonriente por la puerta del foro, con unos periódicos, que deja sobre la mesa.)* ¿Sonríes, Poncio?

DIEGO.—¿Yo?

GEMELO.—¿Estás satisfecho de tu plancha?

DIEGO.—¿De la mía?

GEMELO.—Pues oye bien, galán; esto del pantalón, mojándolo, se arregla; pero lo tuyo, aunque te vuelvas a lavar las manos y aunque te bañes, serás siempre el cruel, el sanguinario, el cobarde Pilato.

DIEGO.—¡Eso es pasarse de la raya!

GEMELO.—¡El que se ha pasado de la raya eres tú, ladrón!

DIEGO.—¡Está bien! *(Mutis por el foro.)*

SAMPERIO.—Venga usted a mi casa y yo le prestaré un pantalón de vestir. Le coge de camino para ir a la Presidencia.

BLAS.—Hombre, sí; llévelos usted y así puedo yo llevarme el coche de César, que tengo que hacer una gestión relacionada con lo del premio...

SAMPERIO.—Perfectamente.

BLAS.—Pues hasta ahora; me voy escapado. *(Mutis por el foro.)*

MAGDALENA.—Bueno. ¿Y saben ustedes bien lo que tienen que hacer?...

JULIO.—Sí, ya nos han explicado...

PAULINA.—¿Llevas pensado lo que vas a decir?...

JULIO.—Sí, y es muy "sansullo"..., "sensallo"..., ¡¡sansillo!! Caramba, sólo de pensarlo me pongo de un nervioso que "tratico las fases". ¡Aprieta! Bueno, vámonos.

SAMPERIO.—Sí, es lo mejor.

JULIO.—*(Acercándose a la puerta de la izquierda.)* Hasta luego, niños.

AMALIA.—*(Dentro.)* Hasta luego...

CÉSAR.—*(Idem.)* Hasta después...

AMALIA.—*(Saliendo y viendo a* GEMELO.) ¡Por Dios!

CÉSAR.—*(Idem.)* ¡Pero criatura!

GEMELO.—No, si voy a mudarme. Hasta luego.

JULIO.—Hasta ahora.

SAMPERIO.—Adiós a todos. *(Se van por el foro* JULIO, GEMELO *y* SAMPERIO.)

MAGDALENA.—*(A* PAULINA.) Habrá dejado las cosas por en medio, como siempre, ¿no?

PAULINA.—Sí.

MAGDALENA.—Vamos a arreglar un poco.

PAULINA.—¡Ay! Yo creo que papá va a trabucarse.

MAGDALENA.—Eso, desde luego. En poniéndose nervioso no da pie con bola. Cuando nos casamos, al preguntarle el cura: "¿Recibe por esposa, etc., etc.?... En vez de contestar "recibo", dijo "reviso", y se rieron hasta los candelabros. *(Ríen.)*

CÉSAR.—Pues hoy "revisa" también. Estoy seguro.

PAULINA.—*(Haciendo mutis con* MAGDALENA, *por la puerta de la izquierda.)* ¡Pobre papá!... *(Se van.)*

AMALIA.—Helise: dile al ama que si el niño continúa impertinente que lo duerma. Que le cante un poco si es preciso.

HELISEBARDA.—Sí; el canto es para él el gran remedio.

CÉSAR.—Pues como se acostumbre vamos a tener que contratar a la Supervía. *(Ríen. Se va* HELISEBARDA *por la derecha Pausa.)*

AMALIA.—Estás nerviosísimo tú también.

CÉSAR.—Y es para estarlo. Si no me dan una primera meda lla cometen conmigo una gran injusticia.

AMALIA.—Pues si tú tienes conciencia de que la mereces es como si ya la tuvieras. ¿Qué te importa que los demás te l concedan o no?

CÉSAR.—Pero, ¿y la justicia, y el deseo de triunfar, y el amo propio y el buen nombre, sobre todo? Porque no es sólo un poc de vanagloria lo que se ventila, sino algo de mucha utilidad y d gran conveniencia. Eso sin contar con la popularidad que per sigue todo artista. Bueno, todo artista y todo hombre, porqu todo el mundo sueña con la popularidad; hasta los que má parecen despreciarla. Demóstenes, según dice Solón, mostr una gran alegría, porque una pobre vieja dijo al verle pasar "Ahí va Demóstenes". Además, que yo quiero esa primera me dalla para ofrecértela a ti, ya que a ti la debo.

AMALIA.—¡Por Dios!

CÉSAR.—Sí, Amalia; te la debo a ti, como te debo a ti est felicidad que me rodea y esta tranquilidad de mi espíritu, qu parece que está lleno de tu bondad.

AMALIA.—¿Y no estás muy contento ahora, de no haberm traicionado? ¿No estás contento de ser bueno? La virtud, d por sí, es un goce, César, y aunque la persona virtuosa no tu viera otro premio que su propia alegría, tendría más que sufi ciente. Pero hay, además, otras recompensas; tú lo sabes; tu lo has visto, no sé si porque Dios las envía o porque, cuand en el espíritu hay mucha paz, brillan unas luces que ni siquie ra se distinguen cuando hay en él inquietudes y zozobras ¿Querrías tú, como quieres, a nuestro hijo, si hubiera en t remordimientos, angustias o tristezas de haberle dado vida Cuando lo coges y lo acercas a ti, veo yo igual transparenci en su alma que en la tuya, y tanto se parece a ti y os quier tanto a los dos, que cuando te beso, me parece que también l beso a él y, desde luego, cuando lo beso a él, César de mi alma y me paso el día besándole, a quien beso siempre es a ti.

CÉSAR.—¡Amalia!... *(Rumor de voces dentro; lejos.)* ¿Eh?.. ¿Quién? ¿Sabrán ya alguna noticia?...

DIEGO.—*(Por el foro, con una tarjeta.)* Señora... *(Dándole l tarjeta.)* Esta señorita... *(Se retira a la puerta del foro.)*

AMALIA.—*(Después de leer la tarjeta, y tras una breve pau sa.)* Es Sara.

CÉSAR.—¿Eh?

AMALIA.—Quiere darnos las gracias, como sabes, y a mí m

hubiera parecido una cobardía no recibirla. Estoy segura de ti y de mí.

CÉSAR.—Recíbela entonces. Yo me voy. Después del desaire, que en buen hora le hice, me parece muy violento para los dos...

AMALIA.—*(A* DIEGO.*)* Que pase esa señora. *(Se va* DIEGO *por el foro.)*

CÉSAR.—Avísame cuando se marche. Estoy en la biblioteca. *(Mutis por la izquierda.)*

AMALIA.—*(Se acerca a la puerta de la derecha y escucha. Pausa. Al ver a* SARA *en la puerta del foro, le dice amablemente.)* Pase usted.

SARA.—*(Que viste con sencillez, que se toca con una rica mantilla negra, sin peineta ninguna, por supuesto, y que denota en su palidez que ha sufrido y padecido mucho, sin avanzar, dice tímidamente y un poco azorada:)* Señora...

AMALIA.—Pase, pase y siéntese... Tengo yo mucho gusto en ver a usted en mi casa..., ahora.

SARA.—*(Sonriendo irónicamente.)* ¿Porque me ve derrotada y vencida?

AMALIA.—Porque veo que sufre, simplemente.

SARA.—Gracias. *(Se sienta.)* Creí, en un principio, que no iba usted a querer recibirme; luego, al saber que estaba usted dispuesta a ello, pensé que era su vanidad de mujer la que deseaba verme humillada y decidí no venir, pero pudo más mi orgullo y ahora celebro haber venido, porque al ver a usted, al mirarla frente a frente..., ¡qué sé yo!..., no sé si es mi deseo de no sufrir humillaciones o es que, en efecto, no me recibe la mujer que me ha vencido, sino la amiga que me ha auxiliado.

AMALIA.—Esa, señora; la que la ha auxiliado. ¡No me crea usted una mala mujer!

SARA.—¡Gracias, nuevamente!

AMALIA.—No crea usted; yo también tuve mis dudas. El favor que yo me permití hacerle, parecía que lo hacía a cambio de mi tranquilidad. Marchándose usted otra vez de España evitaba un peligro a mi marido y..., ¡no era eso! ¡Pobre de la mujer que tenga que guardar a su marido para que no caiga en tentación! ¿Tendría mérito, aunque lo consiguiera? El marido debe defenderse el sólo, pero con las armas que la mujer haya sabido poner en sus manos.

SARA.—¿Pero cómo ha podido usted, por muy grande que haya sido su empeño?... Pagola dice que la bondad de usted ha hecho el milagro...

AMALIA.—El milagro de despertar los buenos sentimientos

de César. Después, Dios ha hecho todo lo demás. El lo dispone todo, y ni la hoja del árbol se mueve sin su voluntad. *(Dulcemente canta dentro, lejos, una canción de cuna, una bonita voz de mujer. Pausa.)*

SARA.—*(Temblándole la voz de emoción.)* ¿Tienen ustedes un hijo?

AMALIA.—Sí.

SARA.—*(Tras otra breve pausa y secándose una lágrima.)* Yo no soy mala, señora.

AMALIA.—Lo sé.

SARA.—Me cegó la ambición y Dios me ha castigado.

AMALIA.—Muchas veces, quienes no necesitamos más que un poco de agua corremos a tomarla del río, despreciando la fuente que tenemos cerca, y el afán de abundancia nos mata. La margen del río cede a nuestro peso y el río nos arrastra hacia el mar. *(Nueva pausa. La canción de cuna destaca muy suavemente.)*

SARA.—*(Conmovidísima, levantándose.)* Permítame que me retire. Esa canción me hace llorar. Me recuerda lo que no lograré nunca.

AMALIA.—*(Conmovida también.)* ¡Sara!...

SARA.—¡Señora!... *(Se abrazan llorando.)* ¡Gracias!... ¡Muchas gracias! *(Se va por el foro.)*

AMALIA.—*(Haciendo sonar un timbre.)* ¡Pobrecilla!...

BELLA.—*(Por la izquierda.)* ¿Señora?...

AMALIA.—Avise al señor. *(Se va* BELLA *por la izquierda. Suena el timbre del teléfono.)* ¿Eh?... *(Acude al aparato.)* ¿Qué?... ¿Quién?... Sí... Diga... Bien... Muchas gracias. *(Deja el aparato.)* ¡Válgame Dios!

CÉSAR.—*(Por la izquierda, precipitadamente.)* ¿Qué?...

AMALIA.—Que se han suspendido las audiencias porque hay Consejo de Ministros.

CÉSAR.—¡Ahí me las den todas! *(Cesa el canto dentro.)*

AMALIA.—Debe haberse dormido.

CÉSAR.—*(Acercándose a la puerta del foro.)* Creo que entra alguien... *(Se oye a* BLAS *hablar dentro.)* Sí, Blas... Es Blas... No me atrevo ni a salir a su encuentro...

BLAS.—*(Dentro, gritando.)* ¡César!... ¡¡César!!...

CÉSAR.—*(Nerviosísimo, sin dar un paso.)* ¿Eh?...

BLAS.—*(Por la puerta del foro, jadeante y loco de contento.)* ¡La primera de las primeras!... ¡Por unanimidad!... ¡Eres el amo!... ¡Enhorabuena! ¿Dónde está mamá?... (CÉSAR, *que no puede hablar, le indica por señas la puerta de la izquierda, y* BLAS *se va a carrera abierta.)*

CÉSAR.—¡Amalia!...

AMALIA.—Pero, chiquillo, ¿vas a llorar?

SAMPERIO.—*(Por la puerta del foro.)* ¿Lo saben ya?

AMALIA.—Sí.

SAMPERIO.—¡Enhorabuena a los dos!

MAGDALENA.—*(Entrando por la izquierda con* PAULINA *y* LAS.) ¡César! *(Le abraza.)*

PAULINA.—¡Vaya triunfazo!

BLAS.—*(Gritando.)* ¡Viva la vida!...

HELISEBARDA.—*(Por la derecha.)* ¡Que han despertado ustees al niño!

BLAS.—¡Primera medalla, doña Helise!

HELISEBARDA.—*(Emocionada.)* ¡Dios mío!...

JOSELITO.—*(Por la izquierda.)* ¿Que nos han premiao?... Ojú!... *(A* EULOGIA *y* BELLA, *que aparecen.)* ¡Que han premiao l cuadro del Archipiélago!

BELLA.—¡El areópago, hombre!... *(Voces dentro de* JULIO *y* GEMELO.)

AMALIA.—Ahí está papá.

MAGDALENA.—¿Tan pronto?

AMALIA.—Es que han suspendido las audiencias.

GEMELO.—*(Entrando por el foro.)* ¡Viva el areópago!... *Trae unos pantalones que le están muy largos.)*

JULIO.—*(Entrando, seguido de* DIEGO.) ¡Hijo!... *(Abraza a* CÉSAR.)

BLAS.—Bueno, esto hay que mojarlo.

JOSELITO.—¡Ole!

BLAS.—¡A ver unos coctails, unas botellas de Jerez!...

HELISEBARDA.—Sí, pero en el comedor. Vamos al comedor, porque con este jaleo no es posible que se duerma el niño.

JULIO.—Vamos, sí.

GEMELO.—¡Hoy la cojo, Viriato!

HELISEBARDA.—*(A los criados.)* ¡Pronto! A prepararlo todo.

BELLA.—Sí, señora.

JOSELITO.—¡Nos han premiao! ¡Hemos ganao una medalla! *Mutis por la izquierda de* EULOGIA, BELLA *y* JOSELITO.)

DIEGO.—*(A* GEMELO.) Si quiere usted que luego le pase una planchita a ese acordeón... *(Por los pantalones.* GEMELO *le arrea un puntapié y* DIEGO *se va por la izquierda de un salto.)*

MAGDALENA.—*(A* PAULINA, *al hacer mutis.)* Hoy es un día grande..., y por muchas razones. *(Se van.)*

JULIO.—*(A* SAMPERIO, *al hacer mutis con él.)* Siento que no se haya celebrado hoy la audiencia, porque hoy me natoba yo muy dueño de mis nervios.

SAMPERIO.—*(Con pitorreo.)* Se natoba, sí, señor; digo, s notaba. *(Se van.)*

GEMELO.—*(Al hacer mutis con* HELISEBARDA.) Voy a manda por todas las laringes para pasarme el día gritando: ¡Viva l bueno! Ea; vamos a cogerlo. Hoy rueda Solón por el suelo y l estropea los pantalones al doctor. *(Mutis riendo. Quedan solc* AMALIA *y* CÉSAR. *Vuelve a oírse dentro la canción de cuna.)*

AMALIA.—¡¡César!!

CÉSAR.—¡Qué contento estoy! Puedo ya ofrecerte con mi ca riño un poco de gloria. ¡A ti, que todo lo mereces! Porque t eres la única autora de esta felicidad, y yo quisiera serlo tod en este mundo para poderte decir algún día, como tú me dijist aquella tarde... ¡¡Amalia de mi vida..., todo para ti!!

TELON

OBRAS DE PEDRO MUÑOZ SECA

Las guerreras, juguete cómico. Música del maestro Manuel Castillo.—Sevilla, 1900.
El contrabando, sainete en un acto. (Décimoquinta edición.).—Madrid, 1904.
De balcón a balcón, entremés. (Tercera edición.).—Madrid, 1905.
Manolo el afilador, sainete lírico en un acto. Música de los maestros Barrera y Gay.—Madrid, 1905.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros Serrano y Pacheco. Madrid, 1905.
La casa de la juerga, sainete lírico en un acto. Música de los maestros Valverde y Gay.—Madrid, 1906.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Chapí. Madrid, 1906.
Una lectura, entremés. (Segunda edición.).—Madrid, 1906.
Celos, entremés. (Segunda edición.).—Madrid, 1907.
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en un acto. Música del maestro Vives.—Madrid, 1907.
El lagar, zarzuela en un acto. Música de los maestros Guervós y Carbonell. Madrid, 1907.
A prima fija, entremés.—Madrid, 1907.
El Niño de San Antonio, sainete lírico en un acto. Música del maestro Gay. Madrid, 1907.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos. Madrid, 1907.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto (agotado).—Madrid, 1907.
Mentir a tiempo, entremés.—Madrid, 1908.
El naranjal, zarzuela en un acto. Música del maestro Saco del Valle.—Madrid, 1908.
Don Pedro el Cruel, juguete cómico lírico en un acto. Música del maestro Saco del Valle.—Madrid, 1908.
El fotógrafo, entremés.—Madrid, 1909.
El jilguerillo de los parrales, sainete en un acto.—Madrid, 1910.
La neurastenia de Satanás, zarzuela en un acto. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.—Madrid, 1910.
Mari-Nieves, zarzuela en un acto. Música del maestro Saco del Valle.—Madrid, 1911.
Tentaruja y Compañía, pasillo, con música del maestro Ortells.—Madrid, 1911.
¡Por peteneras!, sainete lírico en un acto. Música del maestro Calleja. (Segunda edición.).—Madrid, 1911.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.—Sevilla, año 1911.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.—Madrid, año 1911.
El medio ambiente, comedia en dos actos.—Madrid, 1912.

Coba fina, sainete en un acto. (Cuarta edición.).—Madrid, 1912.
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.).—Madrid, 1912.
La nicotina, sainete en un acto. (Tercera edición.).—Madrid, 1912.
Trampa y Cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.).—Madrid, año 1912.
El latero, entremés.—Santa Cruz de Tenerife, 1913.
El milagro del santo, entremés.—Málaga, 1913.
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Luna.—Madrid, 1913.
El modelo de virtudes, juguete cómico en dos actos.—Madrid, 1913.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.—Madrid, 1914.
El bien público, sátira en dos actos.—Madrid, 1914.
El incendio de Roma, juguete cómico lírico en un acto. Música del maestro Barrera.—Madrid, 1914.
El pajarito, comedia en dos actos.—Madrid, 1914.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1914.
Fúcar XXI, disparate en dos actos. (Segunda edición.).—Madrid, 1914.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.).—Madrid, año 1915.
La niña de las planchas, entremés lírico. Música del maestro Alonso.—Madrid, 1915.
Cachivache, sainete lírico en un acto. Música del maestro Calleja.—Madrid, año 1915.
Naide es na, sainete lírico en un acto. Música del maestro Taboada Steger.—Madrid, 1915.
El roble de la Jarosa, comedia en tres actos. (Cuarta edición.).—Madrid, 1915.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.).—Madrid, 1915.
La casa de los crimenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.).—Madrid, 1916.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.).—Madrid, 1916.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.).—Madrid, 1916.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.—Madrid, 1916.
Los que fueron (Humo), entremés.—Madrid, 1916.
La escala de Milán, entremés.—Madrid, 1916.
La conferencia de Algeciras, entremés.—Madrid, 1916.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos. (Cuarta edición).—Madrid, 1916.
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición).—Valladolid, 1916.
El Príncipe Juanón, comedia en tres actos. (Segunda edición).—Sevilla, 1916.
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1917.
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).—Madrid, 1917.
Hugo de Montreux, caricatura de melodrama en cuatro actos.—Madrid, 1917.
El marido de la Engracia, sainete lírico en un acto. Música de los maestros Barrera y Taboada Steger.—Madrid, 1917.
La traición, melodrama en tres actos.—Madrid, 1917.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1917.
Adán y Evans, monólogo.—Madrid, 1917.
El rayo, juguete cómico en tres actos. (Sexta edición).—Madrid, 1917.
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición).—Madrid, 1917.
Albi-Melen, juguete cómico lírico en dos actos. Música del maestro Calleja.—Madrid, 1917.
Ihon y Thum, disparate cómico lírico bailable en dos actos. (Segunda edición).—Madrid, 1917.
La casona, comedia en dos actos.—Zaragoza, 1917.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición).—Madrid, 1918.
Los rifeños, entremés.—Madrid, 1918.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).—Madrid, 1918.

Versalles madrileño, sainete en un acto. (Agotado).—Madrid, 1910.
teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición). Madrid, 1918.
rodillas y a tus pies, entremés.—Madrid, 1918.
s pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1918.
rabito, chascarrillo.—Madrid, 1918.
barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1918.
fórmula 3 K 3, disparate en un acto. (Segunda edición).—Madrid, 1918.
s famosas asturianas, comedia en tres actos y en verso. Refundición.—Madrid, 1918.
venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición).—Madrid, 1918.
verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Buenos Aires, 1918.
drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).—Madrid, 1919.
ianerias, sainete en dos actos con ilustraciones musicales del maestro Vives. (Cuarta edición).—Madrid, 1919.
s planes de Milagritos, entremés.—Madrid, 1919.
s verónicas, opereta en tres actos. Música del maestro Vives.—Madrid, 1919.
Tiziana, entremés lírico. Música del maestro Font.—Madrid, 1919.
ustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1919.
razón de la locura, comedia granguiñolesca en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1919.
s amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).—Madrid, 1919.
colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1919.
condado de Mairena, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Buenos Aires, 1920.
mujer, paso de comedia.—Madrid, 1920.
pe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. Música del maestro Vives. (Tercera edición).—Madrid, 1920.
plancha de la marquesa, juguete cómico en un acto. (Tercera edición).—Madrid, 1920.
artingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).—Madrid, 1920.
l clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1920.
n Juan y Sampedro, entremés. (Segunda edición).—Madrid, 1920.
rampa y cartón, refundición hecha para zarzuela. Música del maestro Taboada Steger.—Madrid, 1920.
os misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición). Madrid, 1920.
a cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1920.
an Pérez, juguete cómico en tres actos. (Agotada).—Madrid, 1920.
l fresco del fuego, entremés.—Madrid, 1921.
l parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. Música del maestro Vives. (Segunda edición).—Madrid, 1921.
l castillo de los ultrajes, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1921.
a hora del reparto, sainete lírico en un acto. Música del maestro Guerrero. (Segunda edición).—Madrid, 1921.
l sinvergüenza en Palacio, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna. (Agotada).—Madrid, 1921.
l ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición).—San Sebastián, 1921.
os planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición).-Madrid, 1921.
l pecado de Agustin, comedia dramática en tres actos. (Agotada).—Puerto de Santa María, 1921.
entro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición).—Madrid, 1921.
a farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1921.

El número 15, sainete lírico en dos actos. Música del maestro Guerrero. (S gunda edición).—Madrid, 1922.
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1922.
La señorita Angeles, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 192
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.—Madrid, 1922.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos. (Tercera edición).—San S bastián, 1922.
Plancha, entremés.—Madrid, 1922.
Regina, comedia en tres actos y un prólogo. (Agotada).—San Sebastián, 192
El Goya, juguete cómico en dos actos.—Madrid, 1922.
La pluma verde, comedia en tres actos. (Segunda edición).—1922.
Los frescos, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1922.
El vaticinio o S. S. S., juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1923.
El rey nuevo, zarzuela en tres actos. Música del maestro Guerrero.—M drid, 1923.
¡Ay, que se me cae!, monólogo.—Madrid, 1923.
Las hijas del rey Lear, comedia en tres actos. (Tercera edición).-Madrid, 192
Las "cosas" de Gómez, juguete cómico en un acto.—Madrid, 1923.
El filón, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1923.
Las alas rotas, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1923.
La muerte del dragón, cuento en tres actos, en prosa y verso. (Tercera ed ción).—Madrid, 1923.
La mujer de nieve, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Ros llo y Moreno Torroba.—Madrid, 1923.
Castigo de Dios, comedia en tres actos con ilustraciones musicales del mae tro Barrios. (Agotada).—Madrid, 1923.
Los chatos, comedia en tres actos. (Cuarta edición).—Madrid, 1924.
Bartolo tiene una flauta, sainete en tres actos. (Segunda edición).—Ma drid, 1924.
Los sabios, comedia en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1924.
La buena suerte, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1924.
La raya negra, cuento en tres actos.—Madrid, 1924.
El llanto, comedia en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1924.
La bondad, comedia en tres actos.—Madrid, 1925.
La tela, juguete cómico en tres actos. (Cuarta edición).—Madrid, 1925.
El secreto de Lucrecia, comedia en tres actos. (Segunda edición).-Madrid, 192
Los campanilleros, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1925.
Paco Pinto, entremés.—San Sebastián, 1925.
Los trucos, comedia en tres actos. (Cuarta edición).—Zaragoza, 1925.
Lo que Dios dispone, comedia en tres actos. (Segunda edición).--Madrid, 192
El chanchullo, comedia en tres actos. (Cuarta edición).—Madrid, 1925.
El sonámbulo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 192
La cabalgata de los reyes, comedia en tres actos. (Segunda edición).—Ma drid, 1926.
Maria Fernández, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Ma drid, 1926.
El espanto de Toledo, humorada en tres actos. (Segunda edición).—Vallado lid, 1926.
La novela de Rosario, comedia en tres actos.—Madrid, 1926.
Seguidilla gitana, zarzuela en dos actos. Música del maestro Barrios.—Ma drid, 1926.
Poca cosa es un hombre, comedia en tres actos. (Segunda edición).—Ma drid, 1926.
¿Lo ve?, revista en un acto. Música del maestro Roig. (Agotada).-Sevilla, 192
Los extremeños se tocan, opereta sin música, pero con cantables y evolucione en tres actos y un prólogo. (Tercera edición).—Madrid, 1926.
El voto, zarzuela en un acto. Música del maestro San José.—Madrid, 1927.
Las inyecciones, humorada, con música del maestro Guerrero. (Tercera edi ción).—Madrid, 1927.
La caraba, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1927.
¡Usted es Ortiz!, caricatura superrealista en tres actos. (Tercera edición).— Madrid, 1927.
Calamar, casi película en tres actos.—Madrid, 1927.
La mala uva, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1927
¡Ole ya!, revista en un acto. Música del maestro Guerrero.—Sevilla, 1927.

ı cura, tragedia humorística en tres actos. (Segunda edición).—Bilbao, 1927.
ı Lola, comedia en tres actos.—Madrid, 1927.
l Rajá de Cochin, juguete cómico lírico en dos actos. Música del maestro Rosillo.—Madrid, 1928.
li-gui, entremés lírico. Música del maestro Rosillo. Madrid, 1928.
l clamor, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1928.
a orgía dorada, revista en dos actos. Música de los maestros Guerrero y Benlloc.—Madrid, 1928.
n millón, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición).—San Sebastián, 1928.
l Diluvio, juguete bufo en tres actos. (Agotada).—Madrid, 1928.
l sofá, la radio, el Peque y la hija de Palomeque, juguete cómico en tres actos (Segunda edición).—Madrid, 1929.
l alfiler, comedia en tres actos. (Tercera edición).—Madrid, 1929.
Qué tienes en la mirada?, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición).—Madrid, 1929.
edro Ponce, farsa en tres actos.—Madrid, 1929.
Pégame, Luciano!, comedia en tres actos.—Santander, 1929.
l cuatrigémino, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1929.
os ilustres gañanes, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1929.
ıtanelo, diablura en tres actos.—Madrid, 1930.
delante, señores, pasen ustedes, revista en un acto, original. Música de los maestros Roig y Rosillo.—1930.
a cursilona, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original. Música de los maestros Fuentes y Navarro.—Madrid, 1930.
a Perulera, comedia en tres actos.—Madrid, 1930.
l padre Alcalde, comedia en tres actos.—Madrid, 1930.
na mujer decidida, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1930.
a academia, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1930.
l alma de Corcho, juguete cómico en tres actos.—Madrid, 1931.
Todo para tí!, comedia en tres actos.—Madrid, 1931.
uentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y diálogos.

Precio: 4 pesetas.